

Una publicación de
LE MONDE
diplomatique

Utopías
por Dominique Vidal

Necesidades de utopía
por Ignacio Ramonet

Nuestra utopía contra la suya
por Serge Halimi

Responsabilidad Social Empresarial
¿Utopía o maquillaje?
por Álvaro Ramis

El decrecimiento, entre las ideas que se abren camino
por Eric Dupin

La utopía del hijo perfecto
por Émile Guyonnet

Marx contraataca
por Lucien Sève

El individuo privatizado
por Cornelius Castoriadis

www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl

Selección de artículos de
LE MONDE
diplomatique

UTOPIÁS

UTOPIÁS

Antiguos y nuevos sueños

Sin utopía la vida sería un ensayo para la muerte.

*¡Ay! Utopía,
incorregible
que no tiene bastante con lo posible.
¡Ay! ¡Ay, Utopía
que levanta huracanes
de rebeldía!*

*¡Ay! Utopía,
cómo te quiero
porque les alborotas el gallinero.
¡Ay! ¡Ay, Utopía,
que alumbras los candiles
del nuevo día!*

Joan Manuel Serrat

LE MONDE
diplomatique

UTOPIÁS

Antiguos y nuevos sueños

Editorial Aún Creemos En Los Sueños

© 2010, Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS

La editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS
publica la edición chilena de *Le Monde diplomatique*.
Director: Víctor Hugo de la Fuente

Suscripciones y venta de ejemplares:
San Antonio 434 Local 14 - Santiago.
Teléfono: (56 2) 664 20 50
Fax: (56 2) 638 17 23
E-mail: edicion.chile@lemondediplomatique.cl
www.editorialauncreemos.cl
www.lemondediplomatique.cl

Diseño: Cristián Escobar
Copyright 2010 Editorial AÚN CREEMOS EN LOS SUEÑOS.
ISBN: 978-956-340-008-3

INDICE

Utopías por Dominique Vidal	7
Necesidades de utopía por Ignacio Ramonet	11
Nuestra utopía contra la suya por Serge Halimi	17
Responsabilidad Social Empresarial ¿Utopía o maquillaje? por Álvaro Ramis	23
El decrecimiento, entre las ideas que se abren camino por Eric Dupin	27
La utopía del hijo perfecto por Émile Guyonnet	37
Marx contraataca por Lucien Sève	45
El individuo privatizado por Cornelius Castoriadis	51

Utopías

por Dominique Vidal*

¡Increíble paradoja! El neoliberalismo expone todos los días su derrota: la sobreacumulación de riquezas se acompaña de un número creciente de pobres y cesantes; la especulación provoca la crisis más grave desde 1929; la lógica de la ganancia amenaza hasta la supervivencia de la especie. No obstante el sistema resiste.

Esta contradicción se justifica -después de los años Thatcher, Reagan y... Mitterrand- por el acontecimiento que, hace más de 20 años, cambió el curso de la historia: la caída del muro de Berlín.

La victoria de occidente en la guerra fría aceleró el fin del campo socialista del cual la Unión Soviética, reforzada por su rol en el aplastamiento del nazismo, había considerablemente extendido su imperio. Pero a la vez le dio un golpe severo al ideal comunista pervertido por funcionarios (*apparatchiks*) que aparentaban defenderlo.

Algunos esperaban que la desaparición del *comunismo soviético* levantaría una hipoteca. Desde 1917, todo proyecto socialista se confrontaba al «socialismo real». Y el panorama de la URSS le ponía un límite a la elaboración de una alternativa radical. Se podía entonces considerar que la caída de la “casa comunista” permitiría volver a pensar el socialismo en libertad. Que lejos de anunciar el fin de la historia y la marginalización de toda inspiración revolucionaria, al contrario, liberaría plenamente la utopía.

Hay que reconocer que hasta ahora no ha sido así. En el Sur, las luchas por la soberanía política y económica han perdido el

*EDITOR. PUBLICADO EN MANIÈRE DE VOIR N°112, LE TEMPS DES UTOPIES AGOSTO-SEPTIEMBRE DE 2010.

Traducción: Jean Lacoste

punto de apoyo representado por el campo socialista. En el Norte las luchas sociales ya no pueden explotar más la presión que su competencia ejercía sobre los poderes occidentales. En todas partes, los pueblos parecen estar huérfanos de un ideal.

Las dos décadas pasadas lo han demostrado: sin el horizonte de un ideal, los combates sociales carecen de ánimo. Generalmente se desarrollan a la defensiva, con el único objetivo de defender derechos sociales adquiridos, que hoy se ven amenazados, pues el gran capital, y los hombres que lo sirven, se aprovechan de la crisis -cuya responsabilidad les pertenece- para intentar dismantelar las conquistas sociales acumuladas a lo largo del siglo XX.

El académico JD Bredin lo había sentido, cuatro meses antes que la bandera roja desapareciera de las torres del Kremlin: “¿Es posible sostener que el socialismo, podría haber sido, en nuestro país, sólo un radicalismo denominado de otro modo, si no hubiera existido el comunismo (...) que le impedía desviarse demasiado rápido, o demasiado fuerte? Se puede sostener que, a veces molestando, a veces respaldando al resto de la izquierda, el comunismo francés, extraño guardián de un catecismo universal, portador de una terrible legitimidad, ha ayudado al socialismo francés a mantener su rumbo, y que sin él, el Frente Popular no hubiera sido un frente popular, que probablemente la Unión de la Izquierda no hubiese sido nada más que una unión de los centros, o un sueño, y que todavía se estaría esperando la existencia de muchas de las leyes sociales? ¿Es posible sostener que todos estos tercios, estos sectarios, estos incansables huelguistas, aquellos invasores de nuestras fábricas y de nuestras calles en que sembraban el desorden, estos obstinados que no dejaban de reclamar reformas mientras soñaban con la revolución, estos marxistas a contra-corriente de la historia que impidieron al capitalismo dormir tranquilo, pues a ellos les debemos mucho?” (1).

Veinte años mas tarde, el movimiento social sufre la ausencia de una alternativa.

¿Benjamín Netanyahu se habría lanzado en su guerrera huida hacia adelante si un polo a la vez social y pacífico propusiera otra alternativa a los israelíes? ¿La guerra de Chechenia habría durado tanto tiempo si Poutine hubiera tenido que enfrentar un rival popular que encarnara otra opción para Rusia? ¿Y Sarkozy hubiera sido elegido presidente si su oponente hubiera sido portador de otra opción para Francia? En fin, ¿si una perspectiva de cambio se perfilara, aquellos que nos gobiernan podrían, sin encontrar ma-

yor resistencia, apretarles el cinturón a pueblos enteros -como en Grecia- después de haber distribuido miles de millones de euros a los bancos? Sin olvidar las jubilaciones postergadas, el trabajo del domingo, la privatización de los servicios públicos, la salud y la enseñanza superior pagadas...

¿Qué caracteriza esa mortífera «crisis de alternativa»? Resulta por supuesto de la debilidad de las fuerzas del cambio, de la pobreza de sus propuestas, de la tibieza de sus programas. Pero, ante todo, nace de su incapacidad para encarnar una utopía. Al singular: pues si las “grandes utopías” (económicas, sociales, políticas, culturales, ambientales), se nutren de las pequeñas, éstas mismas también las pueden ocultar.

¡Sí! El mundo necesita primero una utopía. El gran autor uruguayo, Eduardo Galeano, no lo pudo escribir mejor (2): “Ella está en el horizonte -dice Fernando Birri- Me acerco dos pasos; ella se aleja dos pasos. Camino diez pasos y el horizonte se corre diez pasos más allá. Por mucho que yo camine, nunca la alcanzaré. ¿Para qué sirve la utopía? Para eso sirve: para caminar”. ♦

1 Jean-Denis Bredin, Est-il permis?, Le Monde 31 de agosto de 1991.

2 Eduardo Galeano, Las palabras andantes, Siglo XXI, Madrid 1993.

D.V.

Necesidad de Utopía

por Ignacio Ramonet*

Durante el mes de enero de 1998, un gran cartel cubría los pasillos de los diversos aeropuertos europeos. Parodiando las imágenes de la revolución cultural china, representaba una fila de personas avanzando a la cabeza de una manifestación: rostros radiantes, estandartes de colores que el viento agitaba y un grito "¡Capitalistas de todos los países, uníos!". Para Forbes, la revista norteamericana de los multimillonarios, se trataba de celebrar de forma irónica los 150 años de la aparición del Manifiesto Comunista, de Karl Marx y Federico Engels.

Una forma de afirmar también sin riesgo de ser desmentido (los carteles no habían sido atacados ni manchados) dos cosas: el comunismo ya no da miedo; el capitalismo ha pasado a la ofensiva.

En este año en el que se conmemora, no solamente el aniversario de aquel célebre Manifiesto escrito por dos jóvenes (Marx tenía 30 años y Engels 28), sino también el de la Revolución de 1848 (que impuso el sufragio universal masculino y la abolición de la esclavitud) (1) y la rebelión de mayo de 1968, ¿qué reflexiones inspira esta nueva arrogancia del capital?

Empezó tras la caída del muro de Berlín y la desaparición de la Unión Soviética, en un contexto de depresión y de perplejidad políticas en los que se expresaba la decepción respecto a una ilusión destruida. Las sucesivas revelaciones de todas las consecuencias de decenios de estatización en el Este han conmovido a los espíritus. Aquel sistema, sin libertades y sin economía de mercado,

*ACTUAL DIRECTOR DE LA EDICIÓN ESPAÑOLA DE LE MONDE DIPLOMATIQUE. PUBLICADO EN MAYO DE 1998.

aparecía en su trágico absurdo y con su corolario de injusticias. El pensamiento socialista se hundía en cierto modo, al mismo tiempo que el paradigma del progreso como ideología con la pretensión de planificación absoluta sobre el porvenir.

En el seno de la izquierda se abren camino cuatro nuevas convicciones, que podrían cercenar la esperanza de transformar radicalmente la sociedad: ningún país puede desarrollarse seriamente sin economía de mercado; la estatización sistemática de los medios de producción y de cambio entraña derroches y penurias; la austeridad al servicio de la igualdad no constituye en sí misma un programa de gobierno; la libertad de pensamiento y de expresión tiene como condición necesaria una cierta libertad económica.

El fracaso del comunismo y la implosión del socialismo han entrañado de rebote el desmantelamiento ideológico de la derecha tradicional (que tenía como único contenido doctrinal el anticomunismo) y han consagrado como gran vencedor del enfrentamiento Este-Oeste al neoliberalismo. Un sistema, cuya dinámica se había visto frenada desde el comienzo del siglo, vio desaparecer a sus principales adversarios y se despliega desde entonces a escala planetaria con una energía redoblada. Sueña con imponer su concepción del mundo, su propia utopía como pensamiento único para la Tierra entera.

Esta empresa de conquista se denomina globalización y deriva de la interdependencia cada vez más estrecha de las economías de todos los países, de la libertad absoluta en la circulación de capitales, de la supresión de barreras aduaneras y reglamentaciones y de la intensificación del comercio y del libre intercambio, animados por el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI), la Organización Mundial del Comercio (OMC) y la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE).

Entre la economía financiera y la economía real se establece una desconexión. Sobre los aproximadamente 1.500 millardos de dólares que representan las transacciones financieras diarias a escala mundial, únicamente el 1% está consagrado a la creación de riquezas nuevas. El resto es de naturaleza especulativa.

El auge del neoliberalismo va acompañado, incluso en los países más desarrollados, de una reducción significativa del papel de los agentes públicos, empezando por los parlamentarios, así como de un saqueo ecológico, de una explosión de las desigualdades y del retorno masivo de la pobreza y del paro. Lo que representa la negación del Estado moderno y del concepto de ciudadanía.

Asistimos también a un desfase radical entre la evolución de las

nuevas tecnologías de la información por una parte y la noción de progreso de la sociedad por otra. El desarrollo de la biología molecular desde los años 60, asociado a la potencia de cálculo que permite la informática, ha hecho saltar en pedazos la estabilidad general del sistema técnico. El control de éste por los poderes públicos es cada vez más difícil. Resultado: los políticos se muestran incapaces de calibrar las amenazas de esta aceleración de las tecnociencias (2). Pasan a depender, también en este campo, de expertos no elegidos democráticamente que dirigen en la sombra las decisiones gubernamentales.

La revolución informática ha hecho estallar a la sociedad contemporánea; ha transformado la circulación de bienes y favorecido la expansión de la economía informacional y la globalización. No ha hecho aún bascular a todos los países del mundo hacia una sociedad única, pero plantea la reconversión general hacia un modelo económico único por la interconexión del planeta como en una red. Ha creado una especie de vínculo social liberal, enteramente constituido por redes, fraccionando a la humanidad en individuos aislados unos de otros en un universo hipertecnológico. Consecuencia: las desigualdades se incrementan.

Hay más de 60 millones de pobres en Estados Unidos, el país más rico del mundo. Más de 50 millones de pobres en el seno de la Unión Europea, primera potencia comercial. En Estados Unidos el 1% de la población posee el 39% de la riqueza del país. A escala planetaria, la fortuna de las 358 personas más ricas, millonarias en dólares, es superior al ingreso anual del 45% de los habitantes más pobres, es decir de 2.600 millones de personas...

La lógica de la competitividad ha sido elevada al nivel de imperativo natural de la sociedad. Conduce a la pérdida del sentido del “vivir juntos”, el sentido del “bien común”. Mientras que la redistribución de los beneficios de la productividad se hace en favor del capital y en detrimento de las rentas del trabajo, y el coste de la solidaridad se considera insoportable y se viene abajo el edificio del Estado-providencia (3).

Ante la brutalidad y lo repentino de estos cambios, se pierden los referentes, se acumulan las incertidumbres, el mundo parece opaco. Se diría que la historia escapa ya a cualquier control. Los ciudadanos se encuentran en el núcleo de la crisis, en el sentido que daba Antonio Gramsci a este término: “Cuando lo viejo muere, y lo nuevo pugna por nacer”. O, como diría Tocqueville, cuando “el pasado no ilumina ya el porvenir, el espíritu camina entre las tinieblas”.

Para muchos ciudadanos la idea ultraliberal de que Occidente está maduro para vivir en las condiciones de la libertad absoluta es tan utópica -y tan dogmática- como la ambición revolucionaria del igualitarismo absoluto. Y se preguntan cómo concebir el futuro. Y expresan la necesidad de otra utopía, de una nueva racionalización del mundo. Esperan una especie de profecía política, un proyecto meditado sobre el porvenir, el mito de una sociedad reconciliada, en plena armonía consigo misma.

Pero, entre las ruinas de la Unión Soviética y los escombros de nuestras sociedades desestructuradas por la barbarie neoliberal, ¿existe el espacio para una nueva utopía? A priori parece poco verosímil, porque la desconfianza respecto a los grandes proyectos políticos se ha generalizado, al tiempo que se vive una grave crisis de representación política, un enorme descrédito de las élites tecnocráticas y de los intelectuales mediáticos y una ruptura profunda entre los grandes medios de comunicación y su público.

Cualesquiera que sean las consultas electorales, aumenta la abstención, así como los votos en blanco y la no inscripción en las listas de electores. En Francia el número de militantes de partidos políticos no supera el 2% de los electores, y sólo un 8% de los asalariados pertenece a un sindicato. En la izquierda, el Partido Socialista no cuenta prácticamente con cuadros procedentes de las clases populares, mientras que el Partido Comunista carece ya de identidad política y ha perdido prácticamente su identidad sociológica.

A pesar de todo, son muchos los ciudadanos que desearían introducir un ápice de humanidad en la bárbara maquinaria neoliberal; que se encuentran a la búsqueda de una implicación responsable y que experimentan un deseo de acción colectiva. Quisieran encararse con responsables perfectamente identificables, de carne y hueso, sobre los que volcar sus reproches, sus inquietudes, sus angustias y su desconcierto, en un momento en que el poder se ha convertido en una instancia absolutamente abstracta, invisible, lejana e impersonal. Les gustaría creer aún que la política tiene respuestas para todo, mientras que la política es cada vez más incapaz de aportar respuestas simples y claras a los problemas complejos de la sociedad. Pero muchos experimentan, como resistencia frente al muro neoliberal, la necesidad de un contraproyecto global, de una contraideología, de un edificio conceptual que pueda oponerse al modelo actual dominante.

Emprender esta tarea no es fácil en modo alguno, porque se parte de una situación de cuasi tabla rasa. Las utopías preceden-

tes, basadas en la idea de progreso, han caído con demasiada frecuencia en el autoritarismo, la opresión y la manipulación de los espíritus.

Una vez más, se siente la necesidad de soñadores que piensen y de pensadores que sueñen, para encontrar, no un proyecto acabado, empaquetado y perfilado de sociedad, sino una forma de ver, de analizar la sociedad, permitiendo en definitiva por medio de una nueva ideología, el fin de la ideología anarco-liberal.

Ésta fabrica ante nuestros ojos una sociedad egoísta, favoreciendo la fragmentación, la parcelación. Resulta pues indispensable reintroducir lo colectivo como portador de futuro (4). Y la acción colectiva, tanto por medio de las asociaciones, como por medio de los partidos y los sindicatos. En este sentido se ha visto cómo en Francia y en otros lugares se extiende el asociacionismo, desde los “Restaurantes del corazón” a Act Up, de Acción contra el paro (AC) a Derecho a la vivienda (DAL), pasando por las ramas de las grandes ONG internacionales como Greenpeace, Amnistía Internacional, Médicos del Mundo, Transparency, etc.

Los partidos poseen, entre otras, dos características que les restan credibilidad: son generalistas (pretenden regular todos los problemas de la sociedad) y locales (su marco de intervención se detiene en las fronteras del país). Las asociaciones, por su parte, tienen asimismo dos atributos simétricos e inversos a los citados para los partidos: son temáticas (se dedican a un único problema de la sociedad: el paro, la vivienda, el medio ambiente, etc.) y transfronterizas (su límite de intervención se extiende a todo el planeta) (5).

En el transcurso del pasado decenio, los dos compromisos (compromiso global y vinculación de urgencia respecto a una causa concreta) se han dado la espalda con frecuencia. Pero parece anunciarse un movimiento de convergencia. Su coordinación es indispensable y constituye una de las ecuaciones que hay que resolver para restaurar la política. Porque, si bien las asociaciones nacen de la base, dan prueba de la riqueza de la sociedad civil y palian las deficiencias del sindicalismo y de los partidos, no son en ocasiones más que simples grupos de presión y carecen de la legitimidad democrática electoral para llevar a término sus reivindicaciones. La política ha de tomar el relevo en un momento u otro. Es, pues, de importancia capital que se establezcan lazos entre las asociaciones y los partidos.

Las asociaciones siguen creyendo que es posible transformar el mundo, basándose en su concepción radical de la democracia.

Constituyen sin duda alguna los espacios en los que se da un renacimiento de la acción política en Europa. Muy probablemente sus militantes, verificando las palabras de Víctor Hugo “La utopía, es la verdad del mañana”, y de Lamartine “Las utopías no son más que verdades prematuras”, reaparecerán en el futuro bajo otros cielos, otros estandartes y en otros combates cívicos.

Para reinstalar a la Organización de Naciones Unidas en el corazón del dispositivo del derecho internacional, una ONU capaz de decidir, de actuar y de imponer un proyecto de paz perpetua; para impulsar tribunales internacionales que juzguen los crímenes contra la humanidad, contra la democracia y contra el bien común; para prohibir la manipulación de las masas; para poner fin a la discriminación de las mujeres; para establecer nuevos derechos de carácter ecológico; para instaurar el principio del desarrollo sostenible; para prohibir la existencia de paraísos fiscales; para impulsar una economía solidaria, etc.

“Arriesga tus pasos en caminos que nadie ha transitado, arriesga tu cabeza en pensamientos que nadie ha pensado” podía leerse en las paredes del teatro Odeón en el París de mayo de 1968. Si queremos fundar una ética del futuro, la situación actual nos invita a similares audacias. ♦

- 1 En Madrid, se produce una insurrección democrática que fracasa, aunque se extiende por todo el país.
- 2 Léase “Ravages des technosciences”, *Manière de Voir*, nº 38, marzo-abril de 1998.
- 3 Cf. Riccardo Petrella, *Economie sociale et mondialisation de l'économie*, Suco Edit. (3680, rue Jeanne-Mance, Montreal, Quebec, H 2X 2k5), 1997.
- 4 Léase Pierre Bourdieu, “La esencia del neoliberalismo”, Libro de la editorial Aún Creemos en los Sueños, Le Monde diplomatique.
- 5 Sólo algunas asociaciones como los movimientos de educación popular (Liga de la enseñanza, Hogares Léolagrange, Hogares rurales, etc.) poseen, como los partidos, una visión global: la de la educación para la ciudadanía.

I.R.

Otro mundo es posible

Nuestra utopía contra la suya

por Serge Halimi*

El poeta surrealista “sueña un largo sueño donde cada uno sueña”. Y el novelista recuerda: “Cuántos jóvenes caprichosos que se creían llenos de valor y que de pronto se han desinflado ante la palabra ‘utopía’ y el temor de pasar por quiméricos a los ojos de la gente sensata. Como si todo gran progreso de la humanidad no fuera debido a una Utopía realizada” (1).

Mas, para cambiar el mundo, el antropólogo, el economista, el historiador o el militante no ganan nada dejándose encerrar sin respuesta en el papel de Pierrot lunático, simpático y vano, demasiado dispuesto a enajenar en sus adversarios la ventajosa postura de carpintero de lo real. Pues, el neoliberalismo es también la realización de una utopía. Y sus luces de antaño, los planos de arquitecto de nuestros gobernantes.

En 1994, Karl Polanyi, a partir de un análisis que se situaba en los límites de la historia económica y de la antropología social, esperaba que, dado que había concluido “la gran transformación” que había liberado al mundo de la “utopía del mercado autorregulador”, cabía vislumbrar por fin “el comienzo de una era de libertad sin precedentes”, el “cara a cara con la realidad de la sociedad” (2).

Ha transcurrido más de medio siglo. Lo que Polanyi identificaba con un pasado superado se ha convertido en lo cotidiano; la gran transformación ha dejado sitio a la gran restauración. Y, esta última, vuelta a presentar como “el estado natural de la sociedad” (3), quiere imponerse otra vez, siempre en nombre de la libertad,

*ACTUAL DIRECTOR DE LE MONDE DIPLOMATIQUE. ARTÍCULO PUBLICADO EN MAYO DE 1998.

siempre prohibiendo que se la ponga en discusión. El “círculo de la razón” capitalista deja poco margen, en efecto, a los disidentes, es decir, a los “utopistas” y a los locos.

La locura, por descontado, está en otra parte. En 1776 Adam Smith teorizó la eternidad filosófica del capitalismo. En nombre de “cierta propensión de la naturaleza humana a trocar e intercambiar una cosa por otra”, postuló una ley universal que asimilaba óptimo colectivo y concurrencia de egoísmos económicos: “Nosotros no esperamos ganar nuestra cena merced a la benevolencia del carnicero, del tabernero o del panadero, sino del cuidado que ponen en atender su propio interés. No nos dirigimos a la humanidad, sino a su amor propio, y no hablamos nunca de nuestras propias necesidades, sino de sus ventajas” (4). El autor había cometido un error profético. Se consideraba el antropólogo de una libertad universal y permanente y sería el visionario del proceso industrial y mercantil. Así lo ha señalado Karl Polanyi: “Ninguna interpretación errónea del pasado se ha revelado tan anticipadora del futuro”.

Otros han preferido señalar el “etnocentrismo extraordinario (de Adam Smith) que consiste en pensar que el fraile, el señor, el sacerdote inca y el habitante de las islas Trobriand se mueven en sus vidas por idénticas reglas de mercado que determinan el comportamiento del corredor de Londres o del cerealero de Iowa” (5). No obstante, esta utopía utilitarista que hace del hombre un animal económico eternamente calculador abriría el camino a la sociedad de mercado y a su mundialización.

Hace ciento cincuenta años, Karl Marx y Friedrich Engels resumían ya el carácter poco “natural” de la nueva fe y de la nueva ley: “Todos los vínculos complejos y variados que unían al hombre feudal con sus superiores naturales, ésta (la burguesía) los ha roto sin piedad para que no subsista, entre un hombre y otro, más vínculo que el frío interés, las duras exigencias del pago al contado. Ha ahogado los estremecimientos sagrados del éxtasis religioso, del entusiasmo caballeresco, del sentimentalismo piadoso burgués, en las heladas aguas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio (...). En fin, los hombres son obligados a ver sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas con ojos desengañados. Empujada por la necesidad de salidas cada vez más nuevas, la burguesía invade el globo en su totalidad. Necesita implantarse en todas partes, explotar en todas partes y establecer relaciones en todas partes” (6).

Está claro que la economía de mercado ha sido precedida por

la existencia de los propios mercados. Pero permanecían aislados unos de otros, periféricos y encajados en la complejidad de las relaciones sociales existentes, donde “el móvil del provecho es tan específico al mercader como el valor al caballero, como la piedad al sacerdote y la destreza al artesano “ (7). Antes, la vida discurría al ritmo de una triple obligación: dar, recibir y devolver. Una vez aniquilada esta “lógica de la donación” en nombre de la nueva ciencia, el contrato sustituye al estatuto y “un bien reemplaza al vínculo” (8). Karl Polanyi insiste en “la naturaleza absolutamente sin precedentes de esta aventura en la historia de la raza humana”. En lo sucesivo, sólo el miedo al hambre de los unos y la sed de provecho de los otros incentivarán al hombre a participar en la vida económica. Ya no se quiere “permitir que los beneficios se formen por otro medio que no sea la venta. Asimismo, el ajuste de los precios a los cambios de la condición del mercado no debe ser objeto de ninguna intervención”.

En el Reino Unido es donde primero se desencadena semejante “utopía liberal”, “fábrica demoníaca que aplastó a los hombres y les transformó en masas”, “ataque de una ferocidad inigualable”, “acto de vivisección practicada sobre el cuerpo de la sociedad por quienes se han endurecido en la tarea gracias a la seguridad que sólo la ciencia puede darles”. Nada de beneficio mínimo: el hombre hallará su precio justo en el mercado. A veces, será el del hambre, que asoló a Irlanda en 1847: uno de cada cinco habitantes murió aquel año (9).

Al precisar que “las leyes de la gravitación ya no son incontrovertibles”, David Ricardo, el teórico del librecambio, explicó que la protección social transformaba “la riqueza y el poder en miseria y debilidad”. Pero, justamente, apoyado en las experiencias practicadas con las cabras y con los perros de una isla del Pacífico, William Townsed demostró la eficacia de una espuela especial: “El hambre amansará a los animales más feroces, les enseñará la decencia y la urbanidad, la obediencia y a los más perversos, el sometimiento”. Esta ciencia liberal se aplicó sobre el terreno en la ley inglesa de 1834 sobre los pobres: ya no serán socorridos. Después de haberlos comparado con las ratas, ¿no se ha demostrado que, si se les hace miserables, su número se reducirá? Desde entonces, el vocabulario ha cambiado, pero recientes decisiones estadounidenses y británicas (supresión de determinadas ayudas sociales, endurecimiento de la vigilancia de las “clases peligrosas”) parecen inspiradas cabalmente en ese espíritu (10).

La utopía neoliberal, por natural y científica que se la procla-

me, jamás hubiera sobrevivido sin las inyecciones de la intervención pública. El Estado desregula el trabajo y la tierra, crea o extiende los mercados financieros, impone el imperio del orden. Polanyi ha subrayado la paradoja: “Resulta algo muy complicado compatibilizar la libertad de Adam Smith con las necesidades de una sociedad humana (...). Se han erigido fortalezas de la injerencia gubernamental con la intención de disponer de cierta libertad simple, como la de la tierra, del trabajo o de la administración municipal (...). Así, incluso los que comparten totalmente la filosofía que exige la restricción de las actividades del Estado, han tenido que invertir a ese mismo Estado de los poderes, órganos e instrumentos necesarios para el establecimiento del *laissez-faire*”.

Todavía hoy, la máquina administrativa y gubernamental europea ha de funcionar a pleno rendimiento para fabricar la moneda única y el mercado; el acuerdo de libre comercio norteamericano es un texto de 2.000 páginas llenas de reglamentaciones; para paralizar a los Estados-nación, destruir a los Estados-providencia y garantizar el sagrado derecho de los inversores, la OCDE despliega tesoros de imaginación y de astucia. La “naturaleza” neoliberal es decididamente extraña: siempre tiene necesidad de asistencia.

Cuando la crisis económica de 1873 y la extensión del sufrimiento universal provocaron el reanclaje de la economía en la sociedad, “Europa se hallaba en los días felices del libre comercio. Las naciones y los pueblos no eran más que meras marionetas en un espectáculo en el que no mandaban en absoluto. Se protegían del paro y de la inestabilidad con ayuda de bancos centrales y de derechos arancelarios, completados con leyes sobre la inmigración”. Y ahora es cuando interviene la segunda paradoja: “Mientras que la economía del *laissez-faire* fue producida por la acción deliberada del Estado, las restricciones posteriores han irrumpido de manera espontánea”. El *laissez-faire* estaba planificado, la planificación no lo ha sido”. Pues, el fracaso de la “utopía del mercado”, el peligro de caos nacido de la des-socialización de la economía, pretende constreñir a todos los países industriales a reaccionar, al margen de su mentalidad y de su historia.

Conservadores y liberales en Inglaterra, católicos romanos y socialdemócratas en Alemania, enemigos de la Iglesia y clericales en Francia: “La defensa de la sociedad contra la dislocación general ha sido tan amplia como el frente de ataque”. Y se producirá la “gran transformación”. Regulará y socializará el contrato de

trabajo, instaurará leyes de protección de la infancia, impondrá normas sanitarias, controlará el precio de los productos básicos, orientará las inversiones, ampliará la esfera de la economía redistributiva y sustraerá al mercado el dominio de la moneda. La “modernidad” de nuestro fin de siglo traiciona la voluntad obstinada de volver sobre esos logros; y rehabilitar una utopía neoclásica que ya se ha venido al suelo después de haber provocado la demolición de la sociedad (11).

Así pues, ¿basta con esperar a que una vez más una implosión del dogma reabra los espacios democráticos que vienen obturándose sucesivamente desde hace más de veinte años? El peligro de semejante perspectiva hace aparecer la urgencia de una nueva utopía.

Las dos últimas desintegraciones del mercado autorregulador (1873-1896 y 1926-1935) suscitaron, en efecto, dos tipos de respuesta (12). Y una de ellas, autoritaria y después fascista, consolidó en primer lugar el poder amenazado de los feudales que, ante el caos, supieron hacerse “los abogados de las virtudes de la naturaleza y de sus cultivadores”. Más adelante, el “callejón sin salida en el que se hallaba el capitalismo liberal” desembocó -en Italia, en Alemania y en otras partes- en “una reforma de la economía de mercado realizada al precio de la extirpación de todas las instituciones democráticas”.

Pero hubo también -hay por suerte- la otra utopía. La que soñó un sistema de ayuda mutua restableciendo el vínculo social sin rehabilitar el régimen de dominio tradicional. La que, olvidando por un momento las pobres realidades de los celadores, deja de glorificar el trabajo, la producción y vuelve su mirada a las utopías de Icaria surgidas otrora en la noche de los proletarios (13). La que niega la permanencia de lo que es y desmonta los mecanismos de una fatalidad que condena siempre a los mismos a escuchar y a sufrir.

En la historia, esta utopía permitió a millones de hombres y de mujeres mantenerse todavía en pie un día de julio de 1936, de agosto de 1944 o de mayo de 1968. Pues, victorias, las hubo: una patronal que deja de creerse de derecho divino, un Estado que llega a considerarse menos sojuzgado por el “muro del dinero”, conquistas sociales que no eran ineluctables: una buena prueba de ello es la voluntad actual de arrasarlas. Esta utopía bien vale otra. Gracias a ella, hemos aprendido que en un período en el cual hay tanta gente que busca reencontrarse y que se cree sola, no estamos condenados a vivir en el mundo en que vivimos.

Notas:

- 1 Respectivamente, Louis Aragon en 1924 y André Gide en 1935.
- 2 Karl Polanyi, *La Grande transformation. Aux origines politiques et économiques de notre temps*. Gallimard, París, 1984. Este gran clásico de las ciencias sociales ha sido traducido al francés cuarenta años después de su publicación. Salvo indicación en contrario, las citas que siguen están sacadas de esta obra. Léase también, J.M. Servet, J. Maucourant y M. Servet (bajo la dirección de), *La modernité de Karl Polanyi*, L'Harmattan, París, 1998.
- 3 Según la fórmula de Alain Minc, que ha asimilado la dictadura de los especuladores a las leyes de la gravitación y que, olvidando que pretende ser un intelectual a la vez que un hombre de negocios, afirma que "no se puede pensar contra los mercados".
- 4 Adam Smith, *Enquête sur la nature et les causes de la richesse des nations*, *Presses Universitaires de France*, 1995, Libro I-11.
- 5 George Dalton edic., *Primitive, Archaic and Modern Economies*, *Essays of Karl Polanyi*, *Beacon Press*, Boston, 1971.
- 6 Marx y Engels, *Manifiesto del Partido Comunista*, *LOM ediciones*.
- 7 Karl Polanyi, "Our Obsolete Market Mentality", en George Dalton, *op. cit.*
- 8 Fórmula del sociólogo Marcel Mauss.
- 9 Léase Ibrahim Warde, "Cuando el "librecambio" hacía pasar hambre en Irlanda ", *Le Monde diplomatique*, edición española, junio de 1996.
- 10 Cf. el informe "Démanteler le New Deal, faire payer les pauvres", *Le Monde diplomatique*, mayo de 1995, y Loïc Wacquant, "El presidente Clinton reforma la pobreza", *Le Monde diplomatique*, edición española, septiembre de 1996, respectivamente.
- 11 Léase Pierre Bourdieu, "Le néo-libéralisme, utopie (en voie de réalisation) d'une exploitation sans limites", en *Contre-feux, Liber-Raisons d'agir*, París, 1998. Léase también Ibrahim Warde, "La Tyrannie de l'économiquement correct", *Le Monde diplomatique*, mayo de 1995. Ver Libro Pierre Bourdieu, Editorial Aun Creemos en los Sueños.
- 12 Cf. el libro, altamente esclarecedor, de Peter Gourevitch, *Politics in Hard Times: Comparative Responses to International Economic Crises*, *Cornell University Press*, Ithaca, 1986.
- 13 Jacques Rancière, *La Nuit des prolétaires: Archives du rêve ouvrier*, Fayard, París, 1981.

S.H.

Responsabilidad Social Empresarial ¿Utopía o maquillaje?

por Álvaro Ramis *

*¿Estamos ante un nuevo movimiento ciudadano que impacta en la regulación de la economía y las finanzas?
¿O se trata de una estrategia para maquillar y ocultar los escándalos de las corporaciones multinacionales?
¿O por el contrario, deberíamos creerle a Milton Friedman cuando aseguraba que la Responsabilidad Social Empresarial (RSE) es una “doctrina fundamentalmente subversiva” ya que “tomada en serio extendería el ámbito de los mecanismos políticos a cada actividad humana”?*

Si en algo hay acuerdo respecto a la Responsabilidad Social Empresarial (RSE) es en la polisemia de su significado y su sentido. No hay consenso a la hora de entenderla y valorarla. Lo que sí está claro es que algo nuevo agita el debate mundial. Aunque la discusión sobre la ética de los negocios y las prácticas económicas es antiquísima, la elaboración teórica y técnica reunida bajo la idea de la RSE es muy específica y posee nuevas connotaciones. Además, se trata de un campo interdisciplinario que exige conectar los aportes de la administración y dirección de empresas, de las ciencias políticas y sociales, los estudios culturales, y los análisis ético-morales. Estas amplias y variadas vinculaciones hacen que bajo la sigla RSE aniden conceptos difusos, que pueden ser percibidos de forma antagónica.

*TEÓLOGO. ARTÍCULO PUBLICADO EN LA EDICIÓN CHILENA DE LE MONDE DIPLOMATIQUE, NOVIEMBRE DE 2010.

Si bien ya Aristóteles distinguía entre economía (la actividad orientada a la satisfacción de las necesidades materiales de las personas) y la crematística (la habilidad de hacerse rico sin límites ni pudores) y Virgilio condenaba en la Eneida la “auris sacra fames” (la maldita sed de oro), los aportes de la tradición clásica no logran dar respuesta práctica a las complejidades que el desarrollo capitalista ha aparejado. El enorme poder de las corporaciones multinacionales tiene consecuencias inmediatas en la vida cotidiana de las personas, y aunque nos indigne la voracidad especulativa de Wall Street y sus “bonos basura”, sabemos que a la hora de pagar el costo de las crisis siempre estamos los ciudadanos. Esta constatación empírica reconoce que para bien o para mal necesitamos convivir con el poder del mundo empresarial y entendernos con sus intereses. Surge entonces el reclamo ciudadano por la responsabilidad. Se trata de una exigencia creciente ante la capacidad de influencia y veto que las empresas despliegan sobre sus entornos.

Más allá de la bondad

En los Estados Unidos, en la década del cincuenta, H.R. Bowen realizó un primer acercamiento a este reclamo en su obra “Social Responsibilities of the Businessman”. Se trató de un enfoque que hoy aparece muy convencional, pero que superó la mirada imperante respecto a las obligaciones de la empresa. Hasta ese momento los conflictos entre la ciudadanía y los actores económicos se resolvían básicamente en una dinámica de confrontación en la que los empresarios sólo llegaban a intuir que la filantropía podía jugar un papel importante en sus relaciones públicas.

Bowen afirmó que no bastaba con las donaciones voluntarias que los grandes hombres de negocios ofrecían a sus comunidades locales y afirmó que “el empresario moderno no se puede plantear como un monarca absoluto que regula bajo el mandato e interpretación divina sus responsabilidades sociales como el cumplimiento de sus propias decisiones como lo que es “bueno” para la gente. El empresario, más bien, está sujeto a las normas de la comunidad y a las presiones ejercidas por distintos grupos. Él debe interpretar su responsabilidad social como ajustadas a normas “razonables” y aceptadas socialmente del “bien”, acordadas entre diversos intereses que están en conflicto”. En otros términos, la responsabilidad del empresario va más allá de su conciencia o bondad personal. La criba a la que debe someterse es fundamentalmente social y contextual. No es equivalente a

lo que los empresarios consideren como bueno, correcto o justo, sino con lo que la sociedad considere y acuerde como tal, en sus normas jurídicas y en sus convenciones sociales. El límite de esta concepción radica en el carácter adaptativo de la responsabilidad que se propone, ya que bastaría con ajustarse a las normas sociales y legales vigentes en el lugar en el que se lleva a cabo la actividad empresarial. En 2004 el gerente de la salmonera CERMAQ, Geir Isaksen se preguntó ante las cámaras del documental chileno-noruego “Ovas de oro” lo siguiente: “¿Un noruego fuera de Noruega, seguirá siendo noruego?”. Y su respuesta fue coherente con esta interpretación convencional de la responsabilidad empresarial: “Decir que queremos ser noruegos en Chile, eso sería una política imposible. En Chile tenemos que ser chilenos, no podemos ser noruegos en Chile”. Para Bowen la respuesta de Isaksen basta. CERMAQ cumple la ley chilena, se rige por los estándares ambientales chilenos, paga salarios chilenos. ¿Pero bastará el cumplimiento de estos niveles para lograr la legitimidad social que la empresa necesita?

Más allá de lo legal

En los años setenta K. Davis criticará la mirada adaptativa al enunciar la llamada Ley de Hierro de la Responsabilidad: “La sociedad concede legitimidad y poder a la empresa. En el largo plazo, aquellos que no usan ese poder de un modo que la sociedad considera responsable tienden a perderlo”. Davis ejemplifica que aunque las empresas pueden comportarse abusivamente a corto plazo, si desean proyectar su acción a largo plazo necesariamente deben satisfacer las expectativas éticas de la sociedad, o se verán sancionadas de una forma que comprometerá su subsistencia y desarrollo. Al mismo tiempo, se empieza a identificar la responsabilidad en la institucionalidad de la empresa dejando de lado las buenas o malas intenciones y prácticas de sus dueños. Este giro asume que las prácticas filantrópicas de un empresario no tienen relación con la responsabilidad que la sociedad exige a una empresa, que radica en el campo específico de tareas y roles que le es propio.

Por ejemplo, Bill Gates, el mayor filántropo del mundo, ha donado más de 28 mil millones de dólares para proyectos humanitarios en todo el mundo, una cifra que equivale a la mitad de su patrimonio. Elogiable y digno de mérito personal. Pero eso no dice nada de la responsabilidad empresarial de Microsoft, una empresa

que ha sido multada en diversas ocasiones por la Unión Europea y ha debido pagar hasta el momento más de 1.700 millones de euros por ser un “monopolio abusivo” que ha manipulado el mercado en detrimento de sus rivales. Por este motivo, las definiciones actuales de RSE apuntan claramente al núcleo de la gestión empresarial. En otras palabras, no me digas cuánto dinero has donado. Dime como lo has obtenido. Y muéstramelo haciendo públicos tus compromisos y los esfuerzos realizados para alcanzarlos de forma verificable y concreta. Estas exigencias parten por respetar las reglas que impone el mercado (libre competencia, transparencia, cumplimiento de obligaciones y compromisos), ajustarse a las leyes y normas legales, pero además implica asumir exigencias de justicia, libremente asumidas, que deben ir más allá de lo legal y que apunten a un criterio de justicia. Esto implica reconocer la existencia de actores sociales potencialmente afectados por las decisiones de la empresa y que por lo tanto demandan legítimamente mecanismos transparentes de comunicación y participación en los criterios que guiarán esas decisiones. En esta línea, el profesor de ética empresarial Domingo García Marzá ha planteado que el debate en torno a la RSE debería desembocar en un sistema integrado de gestión de la ética en la empresa, que debería contar, al menos, con tres elementos básicos: Un código ético, que defina sus responsabilidades sociales y ecológicas. Un informe de sostenibilidad y auditoría ética, como instrumentos de evaluación y análisis de la respuesta dada por la empresa a las exigencias éticas planteadas y un comité de ética, como implicación en la gestión ética de los diferentes interlocutores implicados y/o afectados. En el supuesto que diseñar códigos éticos como meras declaraciones de intenciones es una cosa fácil, pero que sin el refuerzo de los mecanismos de información y evaluación por parte de todos los grupos de implicados sólo generan desconfianza y descrédito. Lo importante es implementar comités consultivos locales, realizar auditorías sociales o medioambientales y establecer programas de formación continua al interior de la empresa sobre la base de estos procesos. ¿Es esto posible en una economía que tiende a homologar “competitividad” y reducción de costes laborales, sociales y ambientales? Obviamente no, pero es posible en países que busquen aprovechar e incrementar sus activos intangibles, aquellos recursos que permiten ser alguien y competir en la sociedad del conocimiento. ♦

Una nueva Utopía

El decrecimiento, entre las ideas que se abren camino con la recesión

por Eric Dupin*

Había que ver el aire desconcertado del Primer Ministro francés François Fillon. Ese 14 de octubre de 2008, Yves Cochet defendía la tesis del decrecimiento desde lo alto de la tribuna de la Asamblea Nacional. Al diagnosticar una “crisis antropológica”, el diputado Verde de París afirmaba, en medio de las exclamaciones de la derecha, que “ahora la búsqueda del crecimiento resulta antieconómica, antisocial y antiecológica”. Su llamado a una “sociedad sobria” no tenía ninguna posibilidad de ganar la adhesión del hemisferio. Sin embargo, la provocadora idea de “decrecimiento” logró abrir las puertas del debate público.

La recesión también pasó por ese debate. Seguramente, el decrecimiento “no tiene nada que ver con la inversa aritmética del crecimiento”, como lo señala Cochet (1), el único político francés de envergadura que defiende esta idea. De todas maneras, el cuestionamiento del crecimiento aparece como una consecuencia lógica de la doble crisis económica y ecológica que sacude al planeta. Súbitamente, se escucha a los pensadores del decrecimiento de manera más atenta. “Soy mucho más solicitado” —se regocija Serge Latouche, uno de ellos—. “Las salas están llenas en nuestros debates”, dice también Paul Ariès, otro intelectual de referencia de esta corriente de pensamiento.

La propia palabra “decrecimiento” es cada vez más utilizada, incluso fuera de los restringidos círculos de la ecología radical. “En un momento en que los adeptos del decrecimiento ven que sus argumentos son apoyados por la realidad, ¿existe acaso una

*PERIODISTA. ARTÍCULO PUBLICADO EN LA EDICIÓN CHILENA DE *LE MONDE DIPLOMATIQUE*, SEPTIEMBRE DE 2009.
Traducción: Lucía Vera

alternativa entre el decrecimiento súbito o no expresado, como es la recesión actual, y el decrecimiento conducido?” se interrogaba durante la campaña europea Nicolas Hulot, que, sin embargo, es regularmente calificado de “ecotartufo” por los objetores del crecimiento (2). En su carácter de puntal de *Europe Ecologie*, el animador declaraba dudar del “crecimiento verde” y pensaba más bien en un “crecimiento selectivo acompañado de un decrecimiento elegido”. “Sólo el decrecimiento salvará al planeta”, expresó el fotógrafo Yann Arthus-Bertrand, cuya película Home, que fue ampliamente financiada por el grupo de productos de lujo Pinault Printemps Redoute (PPR), parece haber contribuido al éxito electoral primaveral de los ecologistas (3).

Algunos partidarios del decrecimiento están convencidos de que la crisis actual constituye una formidable oportunidad para su causa. “¡Que la crisis se agrave!”, exclamó Latouche, retomando el título de una obra del banquero arrepentido François Partant. “Es una buena noticia: la crisis finalmente llegó y es una ocasión para la humanidad de recuperarse”, explicaba ese sostenedor de la “pedagogía de las catástrofes”, en otro tiempo desarrollada por el escritor Denis de Rougemont (4). Sin llegar tan lejos, Cochet también piensa que sólo chocando con los límites de la biosfera la humanidad se verá obligada a volverse razonable. “Ya no habrá más crecimiento por razones objetivas. El decrecimiento es nuestro destino obligado”, previene el diputado ecologista, “geólogo político y un profundo materialista”. Entonces no queda más que esperar que la crisis acelere la toma de conciencia y “preparar el decrecimiento con el fin de que sea democrático y equitativo”.

Pero este punto de vista optimista está lejos de ser compartido por todos. “No estamos para nada de acuerdo con esta pedagogía de las catástrofes”, se desmarca Vincent Cheynet. El jefe de redacción del diario *La Décroissance* piensa que, “aunque la crisis ofrece una oportunidad de interrogarse y de cuestionarse, también se corre el riesgo de que engendre crispaciones y fenómenos de miedo”. “Una crisis importante sería la peor de las situaciones”, piensa Cheynet. “La crisis es una ocasión para recordar que el crecimiento ya no es posible, pero en esos períodos las personas tienen tendencia a replegarse sobre sus intereses particulares”, observa Jean-Luc Pasquines, animador del Movimiento de los Objetores del Crecimiento (MOC). Ariès señala además la ambivalencia de la crisis: “Por un lado, lleva cada vez más lejos el sentimiento de urgencia ecológica, ya que el momento se presta para la defensa del poder de compra y de los empleos. (...) Pero

también muestra que hemos vivido sobre mentiras desde hace décadas (5)". La inquietud le disputa un lugar a la esperanza entre aquellos que dudan ver que la recesión pavimente el camino hacia el decrecimiento.

El impacto nuevo del tema contrasta con la gran debilidad de las fuerzas políticas que lo invocan. El Partido por el Decrecimiento (PPLD) fue creado por Cheynet en 2006, para que "la urgencia fuera a la conquista de las instituciones". Sin embargo, los conflictos entre las personas le impidieron existir realmente. "Crear un partido político es muy difícil en ambientes bastante anárquicos", suspira Cheynet, que no se entiende demasiado bien con todos los "partidarios del decrecimiento". Nuevos equipos intentaron recientemente relanzar el PPLD. Al mismo tiempo que afirma que atrae "a personas más jóvenes, que vienen del mundo asociativo", su portavoz, Vincent Liégey, reconoce que "estamos tanteando un poco". El PPLD se niega a reivindicar alguna cantidad de adherentes. "No queremos convertirnos en un partido masivo, no buscamos ni adherentes ni electores", dice curiosamente Rémy Cardinal, otro portavoz de este micropartido.

El Movimiento de los Objetores del Crecimiento se lanzó en 2007. Reúne a unas doscientas personas y a una decena de representantes locales, en una red muy descentralizada. Como agrupa a militantes experimentados, como Pasquines, que fue vocero del PPLD, o Christian Stunt, ex miembro de los Amigos de la Tierra y de los Verdes, se felicita, según dice este último, de ver llegar a sus filas "muchas mujeres y jóvenes".

El MOC y el PPLD han emprendido un proceso de acercamiento, al crear juntos la Asociación de Objetores del Crecimiento (ADOC). Ambos movimientos se presentaron en las últimas elecciones europeas bajo el lema Europe Décroissance ("Por el decrecimiento de Europa"). Por el hecho de no disponer de "ningún recurso" y queriendo "hacer política de otra manera", no presentaron boletas para la votación sino que le pidieron a sus electores imprimirlas ellos mismos, a partir de su sitio de Internet. El resultado era previsible: Pasquines, cabeza de lista en la Región Parisina, obtuvo el 0,04% de los votos computados.

Las ideas del decrecimiento tienen un eco sin parangón con estas cifras. "Estoy contra la creación de un partido, en cualquier caso es prematuro", afirma Latouche. La cantidad de lectores de la publicación mensual *La Décroissance*, fundado por Cheynet en 2004, es un hecho revelador del impacto de esta corriente. Se difunden 20.000 ejemplares, 13.000 de ellos en kioscos, y

hace uso de un tono polémico cuyas víctimas principales son los “ecotartufos” de un “capitalismo verde” y de un “desarrollo duradero” sometidos a fuertes burlas. Cheynet lo asume: “Estamos en una lógica de disenso que participa en la vivificación de la democracia”.

La revista ecologista *Silence*, que difunde 6.000 ejemplares desde 1982, publicó en 1993, sin ningún éxito, un primer dossier sobre el decrecimiento, que contenía extractos del libro fundador del inventor del concepto, Nicholas Georgescu-Roegen. Las cosas fueron distintas en el segundo intento, en 2002, cuando un coloquio realizado en la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) por la asociación Línea de Horizonte—Los amigos de François Partant, en el que participaron 700 personas, entre las cuales estuvieron José Bové, Ivan Illitch y Serge Latouche, hizo surgir el concepto. El coloquio tuvo un gran éxito; *Silence* dedicó luego varias entregas a los distintos aspectos de ese proyecto. “El decrecimiento es, tal vez, el tema del siglo XXI, pero no sé nada sobre eso”, atempera Michel Bernard, uno de los animadores de la revista, que tiene su base en Lyon, al igual que *La Décroissance*.

Desde 2008, esta corriente de pensamiento dispone también de una publicación intelectual bien elaborada: *Entropía*, “revista teórica y política del decrecimiento”, dirigida por Jean-Claude Besson-Girard, explora con una loable apertura de espíritu los numerosos problemas que plantea la perspectiva del decrecimiento (6).

Este grupo mantiene vínculos, más o menos informales, con toda una serie de organizaciones, como las redes antinucleares o anti-OGM (Organismos Genéticamente Modificados), el movimiento internacional “Slow Food” (7) o “Slow Cities” y, por cierto, con todas las asociaciones antipublicitarias: los militantes del decrecimiento prefieren con frecuencia la acción asociativa concreta. La revista *Silence* privilegia el relato de experiencias que prefiguran la sociedad a construir. “Las ganas de cambiar las cosas pasan por la realización de alternativas”, señala Guillaume Gamblin, uno de sus animadores.

Stunt encarna bien esa militancia anclada en lo concreto. Viejo caminante de la ecología política, hoy adhiere al MOC. Pero este guardabosque forestal jubilado, cuyos hijos producen “cereales al estilo antiguo”, sigue trabajando sobre el tema del “bosque campesino de proximidad”. Practicando el decrecimiento, vive en una casa que él mismo ha construido con materiales locales, no

conectada a la red eléctrica, pero que funciona con energía solar. Stunt se siente como en casa en la región de las Cévennes (parque nacional en el sur de Francia), “donde centenas de personas viven de esa misma manera”. Miembro de la asociación de Habitantes de Viviendas Efímeras o Móviles (Halem), relata cómo, en abril de 2009, una manifestación bloqueó la alcaldía de Saint-Jean-du-Gard que había desmontado una tienda tipo mogul instalada sin autorización. “Así nos hacemos cargo de la defensa de personas que viven en casas rodantes después de haber sido expulsadas, que con frecuencia son jóvenes de la región parisina”, agrega. La asociación Derecho a la Vivienda (DAL) le ha propuesto a su asociación integrar el Consejo de Administración...

Las ideas sobre el decrecimiento no son de ayer. Incluso estuvieron más extendidas en los años 1970 que hoy. Podemos recordar el cómic alegremente antipositivista de Gébé L'An 01 (El año 01), publicado en *Politique Hebdo* (8). Y de su consigna un tanto subversiva: “Paramos todo”. La revista mensual *La Gueule Ouverte* (La boca abierta) (1972-1980), que anunciaba muy simplemente “el fin del mundo”, destilaba durante esa década una reflexión anticipada de decrecimiento.

Hace unos treinta años, el cuestionamiento al productivismo estaba limitado a un espacio ideológico cerrado. No penetraba en la izquierda, dominada todavía por el Partido Comunista (PC) y por un marxismo ingenuamente “progresista”. Aunque hoy esta corriente es más marginal, también dialoga con facilidad con una izquierda que ha perdido sus certidumbres. Con la crisis medioambiental y el cuestionamiento del valor trabajo, avanza la idea de un casamiento entre anticapitalismo y antipositivismo.

“El decrecimiento expresa, con un vocabulario nuevo, viejas cuestiones planteadas al movimiento obrero –sostiene Paul Ariès, que fue comunista en su juventud–. Yo mismo he llegado aquí por la crítica de la alienación. ‘El derecho a la pereza’, ‘vivir y trabajar en la misma región’...: ¡la izquierda no siempre tomó el camino del productivismo!”

La evolución de Jean-Luc Mélenchon es sintomática de la influencia que adquirieron las ideas del decrecimiento en el seno de la izquierda. El fundador del Partido de Izquierda (PG), proveniente de una estricta tradición marxista, que fue en primer lugar militante trotskista lambertista, y después socialista, saluda hoy “la potencia de interrogación” de los partidarios del decrecimiento. “Hay que pensar de otra manera nuestro modo de vida y preguntarse, por ejemplo, si debemos ir cada vez más rápido”,

afirma, antes de criticar “el productivismo que insinúa la idea de que todo lo que es deseable debe volverse necesario”. A él se unió Franck Pupunat, el animador del pequeño grupo *Utopía*, cercano a algunas tesis del decrecimiento, y que agrupa adherentes de varios partidos de izquierda.

El Nuevo Partido Anticapitalista (NPA) también dialoga con los “partidarios del decrecimiento”. Algunas negociaciones, que finalmente fracasaron, habían estudiado la hipótesis de confiar a un militante del decrecimiento el primer lugar en la lista presentada por el NPA y el PG en las elecciones europeas, en la región sudeste, donde esta corriente está mejor implantada. Representantes de ambos partidos participaron en la “Contre-Grenelle de l’environnement” (Contra-consulta sobre el medioambiente), que tuvo lugar en Lyon, en mayo, para denunciar las ilusiones del “desarrollo duradero”.

Paradójicamente, las ideas sobre decrecimiento ya no se encuentran entre los Verdes. Cochet se siente muy aislado dentro de su partido. Sin embargo, algunas de sus posiciones no ayudan a que sea escuchado. El diputado ecologista de París resultó chocante, en abril de 2009, al proponer una disminución del monto de las prestaciones familiares a partir del tercer niño, a causa de que un nuevo recién nacido tendría “un costo ecológico comparable a 620 trayectos París-Nueva York”. Él se considera un “neo-malthusiano”, aun cuando admite que su razonamiento es “tal vez demasiado científico”.

La sed de respetabilidad de los Verdes y el peso de sus representantes los han alejado de tesis que temen puedan asustar a los electores. Dominique Voynet habría incluso pensado en cambiar el nombre de su partido por el de “Partido del desarrollo duradero”. En diciembre de 2008, por primera vez, la moción del congreso del partido hizo referencia al “decrecimiento”, pero limitándolo al de la “huella ecológica”. El programa de las listas de Europa Ecología retomó la misma fórmula, pero agregándole la disminución “del consumo cuantitativo de carne”. En cuanto al Partido Socialista (PS), la ausencia de curiosidad intelectual de sus dirigentes parece protegerlo de cualquier contacto con estas ideas.

¿El decrecimiento es algo más que un eslogan? Ariès habla de “palabra-obús” destinada a quebrantar el productivismo, y Cheynet alaba la capacidad de ese vocablo para “interpelar” a la sociedad. Pero la gran debilidad de este estandarte consiste en no decirnos nada sobre el futuro deseado. Ningún “objeto del crecimiento” preconiza una simple disminución de la producción en

una sociedad con equilibrios que no han cambiado, lo que podría agravar la pobreza. Latouche concede que los menos favorecidos, especialmente en África, necesitan elevar su nivel de vida material, aun cuando no deberían imitar el modo de vida occidental.

Antes que nada, este espacio se debate entre profundas divergencias filosóficas. Cheynet se ubica en posiciones republicanas y universalistas, mientras que el africanista Latouche es un declarado “relativista cultural”. “Mi perspectiva es claramente republicana, democrática y humanista”, declara el dirigente de La Décroissance, que estuvo relacionado con el centro en su juventud. “El Estado-nación está superado y tampoco es deseable”, replica Latouche, a quien “no le gusta la palabra universal”. Ariès se ubica del lado de las posiciones republicanas, al mismo tiempo que trabaja con los católicos de izquierda de la revista *Golias*. Pierre Rabhi, una figura del decrecimiento que intentó ser candidato en la elección presidencial de 2002, representa, por su parte, una corriente espiritualista.

Aunque este espacio está mayoritariamente anclado hacia la izquierda, su crítica radical al productivismo puede alimentar interpretaciones de inspiraciones muy diferentes. Políticamente, como lo reconoce Cheynet, van “desde la extrema derecha a la extrema izquierda”. Así, el pensador de la “Nueva Derecha”, Alain de Benoist, publicó en 2007 una obra titulada *Demain, la décroissance* (Mañana, el decrecimiento, Editorial *E-Dites*, París).

La relación con la democracia también lo divide. Todo opone a quienes quieren dedicarse a las instituciones y presentarse a elecciones, como Cheynet, y a quienes privilegian la democracia directa o el mandato imperativo. “La desconfianza con relación a la democracia representativa es muy fuerte en estos ambientes”, observa el investigador Fabrice Flipo. “Se requiere un refuerzo de la democracia directa, pero también de la democracia representativa”, matiza Ariès. Latouche expresa de otra manera esta ambigüedad: “Creo ser profundamente democrático” afirma, antes de agregar inmediatamente: “Pero no sé muy bien qué es la democracia”.

Pocos partidarios del decrecimiento se arriesgan a precisar a qué se parecería la sociedad a la que aspiran. Sin embargo, en 2002 Cheynet intentó ese ejercicio (9). Esa sociedad tendría una “economía sana”, “el transporte aéreo y los vehículos con motor de explosión estarían condenados a desaparecer”, “reemplazados por barcos a vela, la bicicleta, el tren y la tracción animal”. Se iría también hacia “el fin de los grandes supermercados, en be-

neficio de los comercios de proximidad y de los mercados, hacia el fin de los productos manufacturados baratos, en beneficio de objetos producidos localmente”. Aunque la relocalización de las producciones es una idea compartida por todas las corrientes del decrecimiento, muchas de las cuales incluso presentan la idea de instituir “monedas locales”, no todo el mundo está de acuerdo en llegar tan lejos.

Por otra parte, resulta difícil ver cómo semejante programa podría convencer a una mayoría de electores. Latouche prefiere insistir con el método de elaboración de una “sociedad autónoma” donde rijan las ocho “R”: “Revaluar, Reconceptualizar, Reestructurar, Redistribuir, Relocalizar, Reducir, Reutilizar, Reciclar” (10). Al mismo tiempo que sueña con una sociedad de pequeñas ciudades federadas, aboga a favor de arbitrajes: “El compromiso que debe encontrarse entre la autonomía, casi total pero muy frugal, entre el cazador-recolector y la tecno-alienación, también casi total de nuestros contemporáneos, es un problema político”.

Algunos objetores del crecimiento evitan estas delicadas cuestiones refugiándose en acciones individuales de “sobriedad voluntaria”. Otros creen en las virtudes ejemplares de las iniciativas locales, como la de las “Ciudades en transición”, que agrupa a cerca de ciento treinta comunas –mayoritariamente en Gran Bretaña– comprometidas con el decrecimiento energético y la relocalización (11).

Pero al decrecimiento le sigue faltando una definición política positiva tan movilizadora como lo fue el socialismo en su tiempo. “Tenemos dificultades para inventar un nuevo relato para el imaginario colectivo”, deplora Cochet. “¿Qué utopía movilizadora?” se interroga, para responder a la pregunta “¿cómo vivir mejor con menos?” La fórmula “menos bienes, más vínculos”, sin duda no basta. “Ampliar la gratuidad de los bienes de los cuales hacemos un buen uso y prohibir aquellos de los que se hace un mal uso”, preconiza Ariès, precisando que la definición de esos usos será producto de una deliberación política. Y agrega: “El objetivo es reducir las desigualdades sociales”. En realidad, el decrecimiento afectará primero, inevitablemente, a los más ricos, tanto a nivel planetario como en cada país.

Finalmente, es la cuestión filosófica de la “buena vida” lo que en estos debates se transparenta como una filigrana. El desarrollo económico dictado por la dinámica propia del progreso técnico, debería ser sustituido por una lógica de arbitraje democrático. El filósofo Patrick Viveret, que se interesa en los cuestionamientos

fundadores del decrecimiento, aunque sin adherir a sus respuestas, rechaza “la prohibición de plantear la felicidad como una cuestión política”, con el pretexto de que los totalitarismos es lo que se arriesgaron a hacer: “Si rechazamos plantear democráticamente la cuestión de un mejor bienestar, ¿en nombre de qué fundar un pensamiento crítico del modo de desarrollo actual?” Liberales o socialistas, los progresistas tienen en común la búsqueda del aumento de las riquezas materiales, reduciendo la cuestión de la felicidad a un asunto privado. Si la finalidad de la organización de las sociedades humanas, confrontadas a los límites físicos de la naturaleza, escapara a ese presupuesto materialista, se abriría un vertiginoso espacio de indeterminación política. ♦

- 1 Las citas sin referencias provienen de entrevistas con el autor.
- 2 Nicolas Hulot, “L'enjeu crucial des élections européennes”, *Le Monde*, París, 15-5-09.
- 3 Michel Guerrin y Nathaniel Herzberg, “Arthus-Bertrand, l'image de marque”, *Le Monde*, París, 4-6-09.
- 4 Serge Latouche, “Que la crise s'aggrave!”, *Politis*, París, 13-11-08.
- 5 Laure Nouhalat, “Rendre la décroissance désirable”, entrevista de Paul Ariès, *Libération*, París, 2-5-09.
- 6 Para una crítica radical de esta corriente de pensamiento, véase especialmente los *Cahiers marxistes*, N° 235, Bruselas, mayo-junio de 2007 y “La décroissance, un point de vue parfaitement réactionnaire”, *Lutte de classe*, N° 121, París, julio de 2009.
- 7 Véase Carlo Petrini, “Por una gastronomía militante”, *Le Monde diplomatique*, edición chilena, agosto de 2006.
- 8 Gébé, *L'An 01*, cómic reeditado por La Association, París, 2004, y film epónimo (con Jacques Doillon), MK2, 2006.
- 9 Bruno Clémentin y Vincent Cheynet, “La décroissance soutenable”, *Silence*, Lyon, febrero de 2002.
- 10 Serge Latouche, “Pour une société autonome”, *Entropia*, n° 5, Malaucène, otoño boreal de 2008.

E.D.

Una antigua y peligrosa utopía

La búsqueda del hijo perfecto

por Émilie Guyonnet*

Existe hoy un gran debate sobre diversos temas complejos. ¿Se debe autorizar el diagnóstico in utero de predisposiciones genéticas a ciertas enfermedades o discapacidades? ¿Debe liberalizarse la investigación sobre el embrión? El conservadurismo de unos y el eugenismo de otros, los fantasmas de niños a la carta, a veces no toman en cuenta los apetitos suscitados en materia de nuevos mercados y de patentes, dejan poco lugar a la reflexión sobre el interés real de la sociedad y, en particular, de las mujeres.

Tomemos el caso de dos futuros padres capaces de transmitir a su prole la predisposición genética a una enfermedad grave. ¿Debe autorizarse el diagnóstico prenatal, que permite detectar la anomalía en el feto *in utero*? ¿Puede recurrirse al diagnóstico preimplantatorio, es decir, al examen de un embrión producto de la fecundación *in vitro*? De la respuesta a estas preguntas depende también un enfoque de la bioética más amplio. El de la investigación sobre el embrión, actualmente sometida a un régimen de autorización excepcional. En el centro de este debate de especialistas existen decisiones sociales que las mujeres son las primeras en enfrentar.

“¿La polémica?, ¿qué polémica? Todos los especialistas están de acuerdo (1)”, afirmaba en abril de 2008 François Thépot, por entonces director médico y científico adjunto de la Agencia de

*PERIODISTA. ARTÍCULO PUBLICADO EN LE MONDE DIPLOMATIQUE, FRANCIA, JUNIO DE 2009.

Traducción: Gustavo Recalde

Biomedicina de Francia. Para evitar el nacimiento de niños con una predisposición genética al cáncer de colon, se realizaron en Estrasburgo y Montpellier diagnósticos preimplantatorios (DPI). Presionada por la prensa, la Agencia de Biomedicina acababa de publicar un informe que justificaba los hechos (2): el riesgo rondaría el 100% a los 40 años. El documento preconizaba también un incremento en la predisposición a ciertos cánceres y la apertura de nuevos centros DPI para hacer frente a la creciente demanda. ¿Qué pensar al respecto? “Al principio, podíamos asumir el riesgo de transmitir conscientemente esta enfermedad a un hijo, ya que me parecía manejable, a pesar de que me extirparon el colon a los 29 años —explica el integrante de una pareja cuyo pedido de DPI fue aceptado para el caso de predisposición al cáncer de colon—. Hoy suelo tener recidivas, algo que se consideraba poco probable, y según descubrimientos recientes existe un riesgo futuro casi seguro”. Y agrega: “Quienes consideran abusivo el recurso al DPI tienen la mirada de la gente para la que está todo bien”.

En Francia, la primera revisión de la Ley de Bioética en 2004 permitió el uso de esta técnica para enfermedades “de manifestación tardía” con el fin de beneficiar a las personas que sufren la enfermedad de Huntington (una afección neurodegenerativa que aparece en general entre los 30 y 45 años). La ley de 1994, que había legalizado el procedimiento tras ocho años de demora, era menos precisa: mencionaba afecciones “de particular gravedad, incurables al momento del diagnóstico”. Estos límites explican por qué el DPI concierne por ahora a una ínfima parte de los nacimientos en Francia, unos treinta sobre más de ochocientos mil por año.

Pero los diagnósticos evolucionan mucho más rápido que las terapias. A lo largo de los últimos veinte años, se identificaron unas cuarenta predisposiciones genéticas a diferentes tipos de cáncer. ¿Es legítimo incluirlas? Reino Unido, que posee una de las legislaciones más liberales de Europa, respondió que sí, incluso para predisposiciones de bajo riesgo. Acaba de realizarse allí el primer DPI para evitar la transmisión del gen mutado BRCA1 que implica, a los 70 años, un riesgo de cáncer de mama del 50% al 70% (según el informe mencionado). Los países con más restricciones, Irlanda, Alemania, Austria, Suiza e Italia, están muy lejos de ello: el DPI se prohíbe allí debido al peso del catolicismo en algunos casos, y al pasado eugenista en otros.

En Francia, la situación cambió con la elección de Nicolas Sarkozy. El presidente designó como asesor para temas de inves-

tigación y salud a Arnold Munnich, jefe del servicio de genética del Hospital Necker en París, uno de los tres centros autorizados a practicar el DPI en el país. Su designación sorprendió, puesto que defiende la prudencia frente al determinismo genético. “¿Qué se sabe exactamente de todo esto? –se pregunta sobre el diagnóstico genético–. Se sabe que la persona heredó un gen. ¿Pero es suficiente el hecho de haber heredado el gen de esa enfermedad para desarrollarla? Por supuesto que no. En muchos casos, se sabe que eso no va a desencadenarla *ipso facto* (3)”. Munnich se opone también a la investigación sobre le embrión. “Mi concepción de la vida, explica, hace que prefiera que se destruya un embrión a que se lo someta a un proyecto donde se lo instrumentalice como una fábrica de órganos (4)”.

Frente a esta posición conservadora, los vanguardistas controlaban la Agencia de Biomedicina, creada por la revisión legislativa de 2004 para enmarcar las actividades relacionadas con la genética, la reproducción humana y el trasplante. Según el ex Ministro de Salud Jean-François Mattei, ésta sufrió “un desvío científicoista”: “Algunos científicos comprendieron que tenían a su disposición una poderosa herramienta y convencieron a los no médicos que dirigen la Agencia de que era absolutamente necesario tomar la delantera”. Ex director de investigación del Instituto Nacional de Salud e Investigación Médica (INSERM), Jacques Testart describe una institución “completamente infiltrada por personas provenientes de los CECOS (Centros de Estudio y Conservación de Óvulos y Esperma), y de la Academia de Medicina. Constituyen un temible *lobby*, tienen conductas casi veterinarias y son favorables a todo lo que sea posible”.

La primera directiva de la Agencia no fue acompañada por el Ministerio de Salud. “Tememos que signifique un freno a la investigación”, explicaba entonces Stéphane Viville, miembro del Colegio de Especialistas de la Agencia para la Investigación sobre el Embrión y jefe del Servicio de Biología de la Reproducción en el centro DPI de Estrasburgo. Designada en julio de 2008, la nueva directora Emmanuelle Prada-Bordenave parece asumir una posición comprometida: “En materia de diagnóstico del cáncer, se alcanzó un consenso profesional para reservar el DPI a personas que ya tuvieron que hacer frente a la muerte de un hijo”, señaló durante las Jornadas Anuales de Ética organizadas el 25 y 26 de noviembre de 2008.

Qué decir del contrapoder encarnado por el Comité Consultivo Nacional de Ética (CCNE), ¿una instancia independiente? Su ex

presidente Didier Sicard se mostró preocupado por los diagnósticos prenatales que “reducen a la persona a una característica (5)”. Desde esta toma de posición, el CCNE debió ceder: su presidente y sus miembros fueron renovados y el Elíseo anunció que sería reformado. El nuevo CCNE se conforma hoy con manejar cuestiones no muy espinosas.

Sin embargo, el debate es legítimo. Ya que las decisiones individuales tienen un impacto colectivo. Un joven cineasta que padece el síndrome de Marfan —una enfermedad del tejido conectivo que genera complicaciones cardíacas de gravedad muy variable— se queja así al ver su enfermedad aceptada por el centro DPI de Estrasburgo. Sostiene que “enfermedad genética y felicidad no son términos opuestos (6)”, y se siente injustamente incluido en una lista negra; la Agencia de Biomedicina publica cada año un listado no oficial de enfermedades diagnosticadas en los tres centros DPI.

En Estrasburgo, la vanguardia médica es también una vanguardia social. El equipo reivindica su libertad de interpretar la ley y acepta los pedidos de DPI para la anomalía presente en el enanismo, que sin embargo no está asociado a ninguna patología física ni mental. “La gente que viene a vernos sabe por qué. Los enanos padecen una enorme presión social”, justifica Viville, quien explica tener como ética personal acordarles igual importancia a los elementos psicológicos y médicos de un caso. ¿La medicina desempeña su papel al prevenir discriminaciones sociales que al mismo tiempo contribuye a legitimar?

Un recorrido por el mundo permite dimensionar el problema. En India y China, donde nacer con sexo femenino representa una discapacidad social, el DPI se utiliza para seleccionar embriones de sexo masculino. Una práctica sin embargo prohibida por ley. En Estados Unidos, los límites del campo de la medicina también se traspasaron, pero en dos direcciones opuestas. Por un lado, los pedidos de “*designer baby*” (“*bebé perfecto*”): “Decenas de centros de reproducción estadounidenses proponen a personas que no sufren estrictamente ninguna enfermedad, pasar por un DPI para asegurarse de que su embrión será portador del menor riesgo posible”, explica Jacques Milliez, miembro de la Comisión de Ética y Derecho de la Academia de Medicina. Por el otro, existen parejas que reaccionan recurriendo al DPI para elegir un embrión portador de su discapacidad, como el enanismo o la sordera, con el fin de que su futuro hijo ¡comparta con ellos esta condición! Estos pedidos son aceptados por el 3% de los centros DPI estadounidenses (7).

Se olvida rápidamente que las técnicas tienen sus contrapartidas. El DPI obliga a pasar por una fecundación in vitro (FIV) para poder elegir entre varios embriones. Es necesario pues seguir un tratamiento hormonal, desaconsejable para las mujeres que presentan un elevado riesgo de cáncer de mama o de ovarios. El porcentaje de malformaciones importantes es casi dos veces más alto en niños nacidos a través de la técnica de fecundación artificial, llamada Intracytoplasmic Sperm Injection (ICSI: inyección intracitoplásmica de esperma), que en los niños concebidos naturalmente (5,9% contra 3,6%) (8). La FIV es también descrita por muchas mujeres como una verdadera “carrera de obstáculos”. Las posibilidades de embarazo son del 15% al 20%; la Seguridad Social cubre hasta cinco intentos, cada uno de los cuales cuesta entre 4.000 y 6.000 euros.

Un maná: más allá del DPI, la industria de la reproducción asistida mostraba ya en 2006 una facturación anual de 3.000 millones de dólares del otro lado del Atlántico (9). En Francia, veinte mil niños nacen cada año con diferentes técnicas de reproducción asistida. “La actividad está en alza debido al aumento de la edad del primer embarazo. Resulta imperioso reflexionar sobre estas decisiones sociales, ya que se trata de un procedimiento engorroso, caro y riesgoso”, señalaba la nueva directora de la Agencia de Biomedicina durante las Jornadas Anuales de Ética, y agregaba: “Esta evolución no nos parece deseable”.

Esta aceleración se hizo en nombre de una “modernidad” y una libertad de elección inscritas por sus defensores en la herencia de los combates feministas, particularmente el librado en favor del aborto. “Una estafa intelectual –denuncia Gisèle Halimi, presidenta de la asociación *Choisir*–. Este contrasentido no es inocente. El afán por la reproducción es muy remunerativo para los médicos, los abogados especialistas y los intermediarios. Bajo el aspecto de modernidad y el deseo idealizado de un hijo, se recuerda también a las mujeres que su lugar está en el hogar”.

La investigación biomédica no tiene de qué quejarse. Los embriones separados durante un DPI se utilizan para establecer modelos de enfermedades y probar nuevos medicamentos. En cuanto al excedente de embriones surgidos de la FIV, permitieron mejorar el conocimiento sobre las células madre embrionarias, que suscitan esperanzas para el tratamiento de las enfermedades cardiovasculares y la diabetes en particular. El primer ensayo clínico humano de una terapia a partir de células madre embrionarias acaba de ser lanzado por la empresa Geron en Estados Unidos, en enero de 2009.

Sin embargo, la técnica de clonación terapéutica sigue sin dominarse por completo y se enfrenta a un obstáculo mayor: necesita de ovocitos –las células sexuales femeninas– en una enorme cantidad. Ahora bien, existe escasez. En materia de infertilidad, mercados transnacionales poco respetables hicieron su aparición entre mujeres jóvenes y pobres, y mujeres más grandes y de mayores recursos. La búsqueda también tuvo sus desviaciones. Tal como lo demuestra el resonante fraude del investigador surcoreano Hwang Woo-suk, quien pretendía en 2004 haber logrado la primera clonación humana: fue acusado de haber falsificado sus resultados y desviado fondos, especialmente para pagar a donantes de ovocitos.

Para evitar el problema, Gran Bretaña, primer país en el mundo en legalizar la clonación terapéutica en 2001, autorizó la creación de embriones para la investigación y alienta a las mujeres a donar sus ovocitos a la ciencia, más allá de todo tratamiento de infertilidad. Desde luego, el objetivo sigue siendo terapéutico, pero también –y sobre todo– está ligado al registro de patentes, tal como lo explica Fergus McKenzie, responsable del programa en el seno de ITI Life Sciences, fondos para la innovación en las ciencias biológicas creado con el apoyo del gobierno escocés. “Nuestra misión es crear derechos de propiedad intelectual para tener una industria y una investigación académica fuertes en la región”. Gracias a importantes inversiones, Escocia se convirtió en el primer polo europeo de investigación sobre células madre.

A pesar de las restricciones impuestas bajo las presidencias de William Clinton y George W. Bush, actualmente levantadas por Barack Obama, Estados Unidos continúa la carrera por las regalías en este terreno. En 1998, el investigador James Thompson registraba una patente extremadamente amplia que cubre el conjunto de los descubrimientos terapéuticos a partir de células madre embrionarias humanas. La empresa Geron adquirió sus derechos exclusivos. “La base de todo es la investigación fundamental -señalaba durante un programa de radio Nicole Le Douarin, embrióloga, miembro de la Academia de Ciencias-. El equipo de James Thompson, que trabajaba gracias a fondos privados, puso en conocimiento del gran público las células madre, mientras que nosotros, los científicos, las conocíamos de hacía mucho tiempo (10)”. La Oficina Europea de Patentes rechazó el 25 de noviembre de 2008 la validez de la patente estadounidense. Fue también sometida a un nuevo examen, en Estados Unidos, luego de los cuestionamientos que alegan que los métodos descritos ya se conocían.

A fines de 2007, un equipo de la Universidad de Kyoto revolucionó el debate. Los investigadores japoneses lograron que células adultas volvieran al estado embrionario (las llamadas células: “pluripotentes inducidas”). Si el método se confirmara, brindaría una alternativa a la utilización de células embrionarias. “Las dos investigaciones podrán alimentarse mutuamente, y los investigadores nos dicen que es prematuro considerar el abandono de las investigaciones sobre las células madre embrionarias”, precisaba Bordenave durante las Jornadas de Ética. En 2003, investigadores chinos ya habían puesto a punto una alternativa a las investigaciones sobre las células madre con los “cíbridos”, esos embriones híbridos dotados de un óvulo animal pero de un ácido desoxirribonucleico (ADN) humano. Sin embargo, muchos científicos se mantienen escépticos, ya que los problemas de compatibilidad persisten. Gran Bretaña, que no descarta ninguna pista, autorizó esta técnica en 2008.

Francia “está ausente de la competencia, ya que el régimen excepcional no permite ni a los industriales ni a las empresas de capital de riesgo tener la visión necesaria para inversiones importantes”, estima la Oficina Parlamentaria de Evaluación de las Opciones Científicas y Tecnológicas (11). Si bien los poderes públicos autorizan las investigaciones sobre el embrión con carácter excepcional, la clonación terapéutica y la creación de embriones para la investigación continúan estando prohibidas. Sin embargo, Francia no está del todo ausente en el mercado de las células madre, estimado en más de 11.200 millones de euros: investigadores franceses crearon la tercera vía: las células sanguíneas del cordón umbilical, que ya permiten el tratamiento de algunas enfermedades (12).

Sólo resta esperar que la competencia se desarrolle en beneficio de los pacientes. Nada menos seguro si las estrategias de patentamiento excesivo se convierten en regla. El 28 de noviembre de 2008, la industria farmacéutica se vio cuestionada por un informe de la Comisión Europea, debido a su frenesí en la materia (hasta mil trescientas patentes sobre un mismo medicamento) (13). Esta práctica sería responsable “de una caída en la innovación” y de “demoras en el lanzamiento al mercado de medicamentos genéricos”: sobre la muestra de medicamentos utilizada para el estudio, hubieran podido ahorrarse 3.000 millones de euros en diecisiete Estados miembros entre 2000 y 2007 (14). Semejante constatación no es nueva. Los derechos acordados en 2001 por la Oficina Europea de Patentes a la empresa Myriad Genetics y a la

Universidad de Utah sobre las mutaciones genéticas BRCA1 y BRCA2, que generan una predisposición al cáncer de mama y de ovarios, obligaban a los laboratorios a enviar los tests a Estados Unidos. En Francia, el costo del diagnóstico se había así multiplicado por 3,5... ♦

- 1 Salvo indicación contraria. Las notas al pie de este artículo fueron extraídas de entrevistas realizadas por la autora.
- 2 Dominique Stoppa-Lyonnet, "Diagnostic prénatal, interruption médicale de grossesse, diagnostic pré-implantatoire et formes héréditaires de cancers", Agencia de Biomedicina e Instituto Nacional de Cáncer, París, abril de 2007; véase Jean-Yves Nau, "Controverse autour de l'extension du diagnostic préimplantatoire", *Le Monde*, 27-9-06.
- 3 "L'impact de la génétique sur les thérapies", Universidad de Todos los Saberes, París, 14-1-04.
- 4 Entrevista con Jean-François Picard, 1-3-03.
- 5 "La France au risque de l'eugénisme", *Le Monde*, 4/5-2-07.
- 6 Nicolas Journet, "Le droit de vivre, même avec le syndrome de Marfan", *Le Monde*, 20-2-07.
- 7 "Center study probes preimplantation genetic diagnosis", The Genetics and Public Policy Center, Johns Hopkins University, Baltimore, 20-9-06.
- 8 "Évaluation de la fécondation in vitro avec micromanipulation (ICSI, Intra)", Alta Autoridad de Salud, París, diciembre de 2006.
- 9 Claudia Dreifus, "An economist examines the business of fertility", *The New York Times*, 28-2-06.
- 10 Nicole Le Douarin, "Des chimères à l'utilisation des cellules souches", Canal Académie, 4-3-07.
- 11 Informe de la Oficina Parlamentaria de Evaluación de las Opciones Científicas y Tecnológicas, París, noviembre de 2008.
- 12 Grégory Katz-Bénichou, "Bioéthique et cellules souches: sortir du dilemme", *Les Echos*, París, 8-6-06.
- 13 "Pharmaceutical sector enquiry, preliminary report", Comisión Europea, Bruselas, 28-11-08.
- 14 *Ibidem*.

É.G.

Marx contraataca

por Lucien Sève*

Algunos, hace poco más de 20 años, enterraron a Marx junto al socialismo soviético, pero hoy sus trabajos despiertan nuevamente interés.

Casi habían logrado convencernos de ello: la historia había terminado; el capitalismo, para satisfacción de todos, constituía la forma definitiva de la organización social; la “victoria ideológica de la derecha” se había consumado; sólo algunos incurables soñadores conservaban la ilusión de algún otro futuro.

El fabuloso sismo financiero de octubre de 2008 acabó de golpe con esta construcción mental. En Londres, *The Daily Telegraph* escribía: “El 13 de octubre de 2008 quedará en la historia como el día en que el sistema capitalista británico reconoció su fracaso” (1). En Wall Street, Nueva York, algunos manifestantes agitaban pancartas: “¡Marx tenía razón!”. En Frankfurt, un editor anunciaba que su venta de *El Capital* se había triplicado. En París, una conocida revista, en un documento de treinta páginas, analizaba, a propósito de aquello que consideraban definitivamente muerto, “las razones de un renacimiento” (2). La historia recomienza...

Al ahondar en Marx, no pocas cosas se descubren. Líneas escritas hace un siglo y medio parecen hablar de nosotros con una agudeza asombrosa. Ejemplo: “Mientras la aristocracia financiera dictaba las leyes, dirigía la administración del Estado, disponía de todos los poderes constituidos, dominaba la opinión pública en los hechos y a través de la prensa, se reproducía

*FILÓSOFO. ARTÍCULO PUBLICADO EN LA EDICIÓN CHILENA DE *LE MONDE DIPLOMATIQUE*, ENERO-FEBRERO DE 2009.

Traducción: Gustavo Recalde

en todas las esferas, desde los tribunales hasta el café de mala muerte, la misma prostitución, el mismo engaño descarado, el mismo afán por enriquecerse, no mediante la producción, sino mediante el escamoteo de la riqueza ajena...” (3). Marx describía así la situación en Francia en vísperas de la revolución de 1848... Razones para soñar.

Pero más allá de los asombrosos parecidos, las diferencias de época tornan falaz cualquier transposición directa. La actualidad nuevamente flagrante de esta magistral *Crítica de la economía política* que sigue siendo *El Capital* de Marx se encuentra mucho más en el fondo.

¿Cuál es el origen de la dimensión de esta crisis? Si uno lee lo que la mayoría ha escrito al respecto, estarían en tela de juicio la volatilidad de productos financieros sofisticados, la impotencia del mercado de capitales para autorregularse, la falta de moral de los ricos... En resumen, deficiencias del único sistema que rige lo que, frente a “la economía real”, se denomina “economía virtual”, como si no hubieran evaluado cuán real ésta también era.

Sin embargo, la crisis inicial de las *subprime* surgió efectivamente de la creciente insolvencia de millones de hogares estadounidenses frente a su endeudamiento para acceder a la propiedad. Lo que obliga a admitir que a fin de cuentas el drama de lo “virtual” tiene sus raíces en lo “real”. Y lo “real”, en este caso, es el conjunto mundializado de poderes adquisitivos de los sectores populares. Bajo el estallido de la burbuja especulativa formada por el inflamiento de las finanzas, existe la apropiación generalizada por parte del capital de la riqueza creada por el trabajo, y bajo esta distorsión donde la parte correspondiente a los salarios bajó más de diez puntos, una caída colosal, existe un cuarto de siglo de austeridad para los trabajadores en nombre del dogma neoliberal.

¿Ausencia de regulación financiera, de responsabilidad de gestión, de moral bursátil? Desde luego. Pero reflexionar sin tabúes obliga a ir mucho más lejos: a cuestionar el dogma celosamente guardado de un sistema en sí mismo fuera de toda sospecha, a meditar esta razón última de las cosas que Marx denominaba “ley general de la acumulación capitalista”. Allí donde las condiciones sociales de la producción son propiedad privada de la clase capitalista, demostraba, “todos los medios para desarrollar la producción se transforman en medios de dominación y explotación del productor”, víctima de la apropiación de riqueza por

parte de los tenedores de capitales, acumulación que se retroalimenta y tiende pues a enloquecer. “La acumulación de riquezas en un polo” tiene como contrapartida necesaria una “acumulación proporcional de miseria” en el otro polo, de donde renacen inexorablemente las causas de crisis comerciales y bancarias violentas (4). Efectivamente, se trata aquí de nosotros.

La crisis estalló en la esfera del crédito, pero su potencia devastadora se originó en la de la producción, con la distribución cada vez más desigual del valor agregado entre trabajo y capital, maremoto que un sindicalismo de aguas bajas no pudo impedir y que acompañó incluso una izquierda socialdemócrata donde se trata a Marx como a un perro muerto. Se concibe entonces lo que pueden ser las soluciones a la crisis –“moralización” del capital, “regulación” de las finanzas– pregonadas por políticos, gestores, ideólogos que hasta ayer fustigaban la menor sospecha sobre la pertinencia del todo-liberal.

¿“Moralización” del capital? Consigna que merece un premio al humor negro. Si existe en efecto un orden de consideraciones que volatiliza todo régimen de sacrosanta libre competencia, es sin duda la consideración moral: la eficacia clínica siempre se impone, tan ciertamente como la mala moneda desplaza a la buena. La preocupación “ética” es publicitaria. Marx resolvía la cuestión en algunas líneas de su prefacio a *El Capital*: “No pinto color de rosa las figuras del capitalista y el terrateniente”, pero “mi punto de vista según el cual considero un proceso de historia natural el desarrollo de la sociedad como formación económica, menos que ningún otro podría responsabilizar al individuo por relaciones de las que sigue siendo socialmente un producto...” (5). Por lo tanto, no bastará seguramente con distribuir algunas llanas para “refundar” un sistema donde la ganancia sigue siendo el único criterio.

No significa que haya que ser indiferente al aspecto moral de las cosas. Por el contrario. Pero, abordado seriamente, el problema es de un orden diferente a la delincuencia de patrones canallas, la inconsciencia de comerciantes enloquecidos o incluso la indecencia de indemnizaciones millonarias. Lo que el capitalismo tiene de indefendible desde este punto de vista, más allá de todo comportamiento individual, es su principio mismo: la actividad humana que crea las riquezas tiene el estatuto de *mercadería*, y es tratada pues *no como un fin en sí mismo, sino como un simple medio*. No es necesario haber leído a Kant para descubrir allí la fuente permanente de amoralidad del sistema.

Si realmente se quiere moralizar la vida económica, debe atacarse aquello que la desmoraliza. Algo que pasa desde luego –agradable redescubrimiento de muchos liberales– por el restablecimiento de regulaciones estatales. Pero apoyarse con ese fin en el Estado sarkozysta del escudo fiscal para los ricos y la privatización del Correo supera los límites de la ingenuidad, o de la hipocresía. Desde el momento en que se pretende enfrentar la cuestión de la regulación, resulta imperioso volver a las relaciones sociales fundamentales, y aquí, nuevamente, Marx nos ofrece un análisis de ineludible actualidad: el de la alienación.

En su primera acepción, elaborada en textos célebres de su juventud (6), el concepto designa esta maldición que obliga al asalariado del capital a sólo producir riqueza para otro produciendo su propia pobreza material y moral: debe perder su vida para ganarla. La inhumanidad multiforme de la que son masivamente víctimas los asalariados de hoy (7), desde la explosión de las patologías del trabajo hasta la de los despidos bursátiles, pasando por la de los bajos salarios, ilustra con gran crueldad la pertinencia que conserva semejante análisis.

Pero en sus trabajos de la madurez, Marx asigna a la alienación una acepción mucho más amplia aún: el capital que reproduce incesantemente la radical separación entre medios de producción y productores –las fábricas, las oficinas, los laboratorios no pertenecen a quienes allí trabajan–, sus actividades productivas y cognitivas, no colectivamente controladas desde su origen, quedan libradas a la anarquía del sistema de la competencia, donde se convierten en incontrolables procesos tecnológicos, económicos, políticos, ideológicos, gigantescas fuerzas ciegas que las subyugan y las aplastan.

Los hombres no hacen su historia, es su historia la que los hace. La crisis financiera ilustra de manera terrorífica esa alienación, tal como lo hacen la crisis ecológica y lo que hay que llamar la crisis antropológica, la de las vidas humanas: nadie quiso esas crisis, pero todo el mundo las padece.

Es de este “despojo general” llevado al extremo por el capitalismo que resurgen incoerciblemente las ruinosas ausencias de regulación concertada. Por eso quien se jacta de “regular el capitalismo” es seguramente un político charlatán. Regular verdaderamente exigirá mucho más que la intervención estatal, por muy necesaria que pueda ser, ya que ¿quién regulará el Estado? Es necesaria la recuperación de los medios de producción por parte de los productores materiales/intelectuales finalmente reconoci-

dos por lo que son, y que no son los accionistas: los creadores de la riqueza social, teniendo como tales un irrecusable derecho a participar en las decisiones de gestión donde se decide su vida misma.

Frente a un sistema cuya flagrante incapacidad de regularse nos cuesta un precio exorbitante, es necesario, siguiendo a Marx, superar inmediatamente el capitalismo, largo camino hacia otra organización social donde los seres humanos, en nuevas formas de asociación, controlarán juntos sus potencias sociales enloquecidas. Todo lo demás es engaño, por ende trágica desilusión prometida.

Suele decirse que Marx, bueno para la crítica, carecería de credibilidad en cuanto a las soluciones, ya que su comunismo, “probado” en el Este, habría fracasado rotundamente. Como si el extinto socialismo estalinista-brezhnevista hubiera tenido algo realmente en común con el enfoque comunista de Marx, cuyo verdadero sentido además casi nadie busca recuperar, en las antípodas de lo que la opinión general engloba bajo la palabra “comunismo”. De hecho, lo que podrá ser, en el sentido auténticamente marxista, la “superación” del capitalismo en el siglo XXI (8), es algo muy distinto de lo que se esboza bajo nuestros ojos.

Pero aquí nos detienen: desear otra sociedad sería una mortífera utopía, ya que no cambia al hombre. Y el pensamiento liberal sabe lo que es “el hombre”: un animal que debe esencialmente lo que es no al mundo humano sino a sus genes, un calculador impulsado por su mero interés individual –*Homo economicus*–, con el cual sólo es posible pues una sociedad de propietarios privados en competencia “libre y no desvirtuada”.

Ahora bien, este pensamiento también fracasó. Bajo la estrepitosa debacle del liberalismo práctico se consuma con menor ruido el fracaso del liberalismo teórico y su *Homo economicus* (9). Doble fracaso. Primero científico. En momentos en que la biología se desprende de un todo-genético simplista, la ingenuidad de la idea de “naturaleza humana” salta a la vista. ¿Dónde están los genes, antes anunciados con bombos y platillos, de la inteligencia, la fidelidad o la homosexualidad? ¿Qué mente cultivada puede seguir creyendo que la pedofilia, por ejemplo, sería congénita?

Y fracaso ético. Porque lo que fomenta desde hace lustros la ideología del individuo competitivo, es la pedagogía deshumanizante del “convírtase en asesino”, una liquidación programada

de las solidaridades sociales no menos dramática que el deshielo de los polos, una descivilización a todo nivel por la locura del dinero fácil que debería hacer ruborizar al que se atreva a anunciar una “moralización del capitalismo”. Bajo el naufragio histórico donde se hunde y nos hunde la dictadura de las finanzas, está el del discurso liberal sobre “el hombre”.

Y esto es lo más inesperado de la actualidad de Marx. Porque este formidable crítico de la economía es también, al mismo tiempo, el impulsor de una verdadera revolución en la antropología. Dimensión increíblemente desconocida de su pensamiento que no puede exponerse en veinte líneas. Pero su sexta tesis sobre Feuerbach resume su espíritu en dos frases: “La esencia humana no es una abstracción inherente al individuo tomado aisladamente. En su realidad, es el conjunto de las relaciones sociales”. Inversamente a lo que se imagina el individualismo liberal, “el hombre” históricamente desarrollado es el mundo del hombre. En esto por ejemplo, no en el genoma, reside el lenguaje. Allí se originan nuestras funciones psíquicas superiores, tal como magníficamente lo demostró ese marxista durante mucho tiempo desconocido que fue uno de los grandes psicólogos del siglo XX: Lev Vygotski, abriendo así el camino a una visión diferente de la individualidad humana.

Sí, se puede cambiar la vida. Con la condición de transformar verdaderamente la sociedad. ♦

1 *The Daily Telegraph*, Londres, 14-10-08.

2 *Le Magazine littéraire*, N° 479, octubre de 2008.

3 Karl Marx, *La lucha de clases en Francia*, Prometeo, Buenos Aires, 2003.

4 Karl Marx, *El Capital*, tomo I, Fondo de Cultura Económica, México, 1972.

5 *Ibidem*.

6 Karl Marx, *Manuscritos económico-filosóficos de 1844 y Anuarios Franco-Alemanes*, Crítica, Barcelona, 1978.

7 Christophe Dejours, *Travail, usure mentale*, Bayard, París, 2000; “Aliénation et clinique du travail”, *Actuel Marx*, N° 39, “Nouvelles aliénations”, París, 2006.

8 En *Un futur présent: l'après-capitalisme* (La Dispute, París, 2006), Jean Sève bosqueja un cuadro impresionante de esos esbozos de superación observable en estos dominios demasiado diversos.

9 Véase, entre otros autores, Tony Andréani, *Un être de raison. Critique de l'Homo œconomicus*, Syllepse, París, 2000.

El individuo privatizado

por Cornelius Castoriadis*

La filosofía no es filosofía si no expresa un pensamiento autónomo. ¿Qué significa “autónomo”? Quiere decir autos-nomos, “quien se da a sí mismo su ley”. En filosofía, es claro: darse a sí mismo su ley quiere decir que se plantea cuestiones y que no acepta ninguna autoridad. Ni siquiera la autoridad de su propio pensamiento anterior.

Por lo demás, es ahí donde le aprieta un poco el zapato, porque los filósofos, casi siempre, construyen sistemas cerrados como huecos (véase Spinoza, y sobre todo Hegel, e incluso un poco Aristóteles), o se quedan apegados a ciertas formas que han creado y no son capaces de someterlas a revisión. Hay pocos ejemplos de lo contrario. Platón es uno de ellos. Freud es otro en el terreno del psicoanálisis, aunque no haya sido filósofo.

En el campo del pensamiento, la autonomía es la interrogación ilimitada; que no se detiene ante nada y que se replantea a sí misma constantemente. Esta interrogación no es una interrogación vacía; una interrogación vacía no significa nada. Para que una interrogación tenga sentido, es necesario que se haya planteado de entrada cierto número de términos como provisionalmente indis-

*FALLECIDO EL 26 DE DICIEMBRE DE 1997, CORNELIUS CASTORIADIS, FILÓSOFO Y ANALISTA, ERA UNA DE LAS FIGURAS MÁS BRILLANTES DE LA VIDA INTELECTUAL FRANCESA. GRIEGO DE NACIMIENTO, LLEGÓ A PARÍS EN 1945 DONDE FUE EL IMPULSOR DE LA REVISTA SOCIALISME OU BARBARIE. EN 1968 PUBLICÓ, CON EDGAR MORIN Y CLAUDE LEFORT, MAI 68, LA BRËCHE. A FINES DE LOS AÑOS SETENTA, PARTICIPÓ EN LA REVISTA LIVRE. JUNTO A SU OBRA MAESTRA, L'INSTITUTION IMAGINAIRE DE LA SOCIÉTÉ (1975), ES AUTOR DE OTROS LIBROS FUNDAMENTALES REUNIDOS EN UNA SERIE INICIADA EN 1978: LES CARREFOURS DU LABYRINTHE. ARTÍCULO PUBLICADO EN LE MONDE DIPLOMATIQUE, FRANCIA, FEBRERO DE 1998.

cutibles. De otra forma, queda un simple signo de interrogación, y no una interrogación filosófica. La interrogación filosófica está articulada, sin perjuicio de replantearse los términos desde los que se articuló.

¿Qué es la autonomía en política? Casi todas las sociedades humanas se establecen en la heteronomía, o sea, en la falta de autonomía. Es decir que, aunque ellas mismas crean todas sus instituciones, incorporan en esas instituciones la idea, indiscutible para los miembros de esa sociedad, de que esa institución no es obra humana, que no ha sido creada por los humanos, en todo caso no por los humanos que están allí en ese momento. Ha sido creada por los espíritus, por los antepasados, por los héroes, por los dioses; pero que no es obra humana.

Esa cláusula tácita e incluso no tácita tiene una ventaja considerable: en la religión hebraica, el don de la ley por Dios a Moisés está escrito, explicitado. Hay páginas y páginas en el Antiguo Testamento que describen detalladamente la reglamentación que Dios ha proporcionado a Moisés. Eso no concierne sólo a los Diez Mandamientos, sino a todos los pormenores de la Ley. Y todas esas disposiciones no pueden ser puestas en duda; hacerlo significaría poner en duda la existencia de Dios, su veracidad, su bondad, su justicia, ya que estos son atributos consustanciales de Dios. Pasa lo mismo con otras sociedades heterónomas. El ejemplo hebraico se cita aquí por su pureza clásica.

Ahora bien, ¿cuál es la gran ruptura que introducen, en una primera formulación, la democracia griega y después, en otra, más amplia, más generalizada, las revoluciones de los tiempos modernos y los movimientos democráticos revolucionarios que las siguieron?

Precisamente la consciencia explícita de que nosotros creamos nuestras leyes y por tanto que nosotros podemos cambiarlas también.

Las antiguas leyes griegas comienzan todas con la cláusula *édoxè tè bulé kai to demo*, “ha parecido bueno al consejo y al pueblo”. “Ha parecido bueno”, y no que “es bueno”. Es lo que ha parecido bueno en ese momento. Y en los tiempos modernos, se ha incluido en las constituciones la idea de la soberanía de los pueblos. Por ejemplo, la Declaración francesa de los Derechos Humanos dice en su preámbulo: “La soberanía pertenece al pueblo, que la ejerce directamente o por medio de sus representantes”. El “directamente” ha desaparecido a continuación, y nos hemos quedado sólo con los “representantes”.

Hay, pues, una autonomía política; y esa autonomía política supone saber que los hombres crean sus propias instituciones. Eso exige que se intente plantear esas instituciones con conocimiento de causa, con lucidez, después de una deliberación colectiva. Es lo que llamo la autonomía colectiva, que tiene como compañera ineliminable, la autonomía individual.

Una sociedad autónoma sólo puede estar formada por individuos autónomos. E individuos autónomos no pueden verdaderamente existir más que en una sociedad autónoma. ¿Por qué? Es bastante fácil de comprender. Un individuo autónomo es un individuo que sólo actúa, hasta donde sea posible, después de reflexionar y deliberar. Si no actúa de esa manera, no puede ser un individuo democrático, perteneciente a una sociedad democrática.

¿En qué sentido un individuo autónomo es libre, en una sociedad como yo la describo? ¿En qué sentido somos nosotros libres hoy? Tenemos cierto número de libertades, que han sido establecidas como productos o subproductos de las luchas revolucionarias del pasado. Esas libertades no son solamente formales, como decía equivocadamente Karl Marx; no es formal que podamos reunirnos, que podamos decir lo que queramos. Pero eso es parcial, es defensivo; es, por así decirlo, pasivo.

¿Cómo puedo ser libre si vivo en una sociedad que está gobernada por una ley que se impone a todos? Eso aparece como una contradicción insoluble y que condujo a muchos, como Max Stirner por ejemplo, a decir que no podía existir; y otros en su misma línea, como los anarquistas, pretenden que la sociedad libre significa la abolición completa de cualquier poder, de cualquier ley, con la presunción que hay una buena naturaleza humana que surgirá en ese momento y que podrá prescindir de cualquier regla exterior. Eso es, en mi opinión, una utopía incoherente.

Yo puedo decir que soy libre en una sociedad en la que hay leyes, si he tenido la posibilidad efectiva (y no simplemente sobre el papel) de participar en la discusión, en la deliberación y en la formación de esas leyes. Eso quiere decir que el poder legislativo debe pertenecer efectivamente a la colectividad, al pueblo.

En fin, ese individuo autónomo es también el objetivo esencial de un psicoanálisis bien entendido. Ahí, tenemos una problemática relativamente diferente, porque un ser humano es, en apariencia, un ser consciente; pero a los ojos de un psicoanalista, es sobre todo su inconsciente. Y ese inconsciente, generalmente, lo desconoce. No porque sea perezoso, sino porque hay una barrera que le impide conocerlo. Es la barrera del rechazo.

Nacemos, por ejemplo, como mónadas psíquicas, que se viven en la omnipotencia, que no conocen límites, o no reconocen límites a la satisfacción de sus deseos, ante los que todo obstáculo debe desaparecer. Y terminamos siendo individuos que aceptan más o menos bien la existencia de los otros, muy frecuentemente formulando deseos de muerte respecto de los otros (que no se realizan la mayoría de las veces) y aceptan que el deseo de los otros tenga el mismo derecho a ser satisfecho que el suyo. Eso se produce en función de un rechazo fundamental que devuelve al inconsciente todas esas tendencias profundas de la psique y allí mantiene una buena parte de las creaciones de la imaginación radical.

Un psicoanálisis implica que el individuo, mediante los mecanismos psicoanalíticos, es impelido a atravesar esa barrera del inconsciente, a explorar todo lo posible ese inconsciente, a filtrar sus pulsiones inconscientes y a no actuar, sin reflexión y deliberación. Es ese individuo autónomo quien está al final (en el sentido de la finalidad, de la terminación) del proceso psicoanalítico.

Mas, si hacemos la conexión con el plano político, es evidente que tenemos necesidad de tal individuo, pero es también evidente que no podemos someter a la totalidad de los individuos de la sociedad a un psicoanálisis. De ahí el papel enorme de la educación y la necesidad de una reforma radical de la educación, para hacer una verdadera *paideia* como decían los griegos, una *paideia* de la autonomía, una educación para la autonomía y hacia la autonomía, que lleve a aquellos que son educados -y no solamente a los niños- a interrogarse constantemente para saber si actúan con conocimiento de causa y no movidos por una pasión o un prejuicio.

No solamente los niños, porque la educación de un individuo, en sentido democrático, es una empresa que comienza con el nacimiento de ese individuo y que sólo se acaba con su muerte. Todo lo que acontece durante la vida del individuo continúa formándole y deformándole. La educación esencial que la sociedad proporciona a sus miembros, en las escuelas, los colegios, los institutos y las universidades es una educación instrumental, organizada esencialmente para aprender una ocupación profesional. Y, al lado de ésta, hay la otra educación, a saber las tonterías que difunde la televisión.

Sobre la cuestión de la representación política, Jean-Jacques Rousseau decía que los ingleses, en el siglo XVIII, creían que

eran libres porque elegían a sus representantes cada cinco años. Efectivamente, eran libres, pero sólo un día cada cinco años. Al decir esto, Rousseau subestimaba indebidamente su caso. Porque es evidente que incluso ese día cada cinco años tampoco se es libre. ¿Por qué? Porque se tiene que votar a candidatos presentados por partidos. No se puede votar por cualquiera. Y se tiene que votar a partir de una situación real fabricada por el parlamento precedente y que plantea los problemas en los términos en los que esos problemas pueden discutirse, y que, por ello mismo, imponen soluciones, al menos alternativas de solución, que no corresponden casi nunca a los verdaderos problemas.

Generalmente, la representación significa la enajenación de la soberanía de los representados a los representantes. El parlamento no está controlado. Es controlado al cabo de cinco años con una elección, pero la gran mayoría del personal político es prácticamente inamovible. En Francia, un poco menos. En otros países mucho más. En Estados Unidos, por ejemplo, los senadores son, de hecho, senadores vitalicios. Y eso sucederá también en Francia. Para ser elegido en Estados Unidos hace falta algo más de cuatro millones de dólares.

¿Quién os da esos cuatro millones de dólares? No son los cesantes. Son las empresas. Y ¿por qué los dan? Porque después el senador está de acuerdo con el lobby que esas empresas forman en Washington, para votar las leyes que les favorecen y no votar las leyes que les perjudican. Ahí está la vía fatal de las sociedades modernas.

Vemos que se está haciendo en Francia, a pesar de todas las pretendidas disposiciones tomadas para controlar la corrupción. La corrupción de los políticos, en las sociedades contemporáneas, se ha convertido en un rasgo sistémico, un rasgo estructural. No es anecdótico. Está incorporado al funcionamiento del sistema que no puede girar de otra manera.

¿Cuál es el porvenir de ese proyecto de autonomía? Ese porvenir depende de la actividad de la inmensa mayoría de los seres humanos. No se puede hablar en términos de una clase privilegiada, que sería por ejemplo el proletariado industrial, que ha pasado a ser, desde hace mucho tiempo, muy minoritario en la población. Se puede decir, en cambio, y es lo que yo digo, que toda la población, salvo el 3% de los privilegiados en la cúspide, tendría un interés personal en la transformación de la sociedad en la que vive.

Pero lo que nosotros observamos desde hace cincuenta años es el triunfo del significado imaginario capitalista, es decir una

expansión ilimitada de un pretendido dominio pretendidamente racional; y la atrofia, la evanescencia, del otro gran significado imaginario de los tiempos modernos, es decir la autonomía.

¿Es duradera esta situación? ¿Será pasajera? Nadie puede decirlo. No hay profecías en este tipo de asuntos. La sociedad actual no es ciertamente una sociedad muerta. No se vive en Bizancio o en la Roma del siglo V (d.C). Hay siempre algunos movimientos. Hay ideas que nacen, que circulan, hay reacciones. Continúan siendo muy minoritarias y muy fragmentadas en relación con la enormidad de las tareas que tenemos delante. Pero estoy convencido de que el dilema, retomando los términos de León Trotsky, de Rosa Luxemburgo y de Karl Marx, que nosotros formulábamos en la época de *Socialismo o Barbarie*, continúa siendo válido, a condición evidentemente de no confundir el socialismo con las monstruosidades totalitarias que transformaron a Rusia en un campo en ruinas, ni con la “organización” absurda de la economía, ni con la explotación desenfrenada del pueblo, ni con la servidumbre total de la vida intelectual que allí se hicieron.

¿Por qué es tan incierta la situación contemporánea? Porque, cada vez más, ve desarrollarse en el mundo occidental un tipo de individuo que ya no es el tipo de individuo de una sociedad democrática o de una sociedad en donde se puede luchar por más libertad, sino un tipo de individuo que está privatizado, que se ha encerrado en su pequeño ámbito personal y que se ha convertido en un cínico en relación con la política.

Cuando las personas votan, votan cínicamente. No creen en el programa que se les presenta, sino que consideran a X o a Y como un mal menor respecto de lo que era Z en el período precedente. Mucha gente votó sin duda por Lionel Jospin en las últimas elecciones, no porque le adorara o estuviera deslumbrada por sus ideas, eso sería sorprendente, sino simplemente porque estaba disgustada con la situación del momento. Por otra parte sucedió lo mismo en 1995, cuando muchas personas estuvieron asqueadas de catorce años de pretendido socialismo, cuyo éxito principal fue introducir el liberalismo más desenfrenado en Francia y comenzar a dismantelar lo que se había considerado como conquistas sociales en el período precedente.

Desde el punto de vista de la organización política, una sociedad se articula siempre, explícita o implícitamente, en tres partes:

- 1) La que los griegos llamaron *oikos*, es decir, “la casa”, la familia, la vida privada.
- 2) El ágora, el lugar público-privado donde los individuos se

encuentran, donde discuten, donde intercambian, donde forman asociaciones o empresas, donde se les ofrece representaciones de teatro, privadas o subvencionadas, eso importa poco. Es lo que se llama desde el siglo XVIII, con una expresión que se presta a la confusión, la sociedad civil, confusión que se ha acrecentado más en los últimos tiempos.

3) La ecclesia, el lugar público-público, el poder, el lugar donde se ejerce, donde existe, donde está depositado el poder político.

La relación entre esas tres esferas no ha de establecerse de forma fija y rígida; ha de ser flexible, articulada. Por otro lado, esas tres esferas no pueden estar radicalmente separadas.

El liberalismo actual pretende que se puede separar enteramente el dominio público del dominio privado. Pero eso es imposible, y pretender que se realice es una mentira demagógica. No hay presupuesto que no intervenga en la vida privada-pública, e incluso en la vida privada. Y eso no es más que un ejemplo entre muchos. Igualmente, no hay poder que no esté obligado a establecer un mínimo de leyes restrictivas; planteando por ejemplo que esté prohibido el asesinato, o, en el mundo moderno, que es necesario subvencionar la salud o la educación. En este dominio debe haber un juego entre el poder público y el ágora, es decir la comunidad.

Solamente en un régimen verdaderamente democrático se puede intentar establecer una articulación correcta entre esas tres esferas, preservando al máximo la libertad privada, preservando también al máximo la libertad del ágora, es decir las actividades públicas comunes de los individuos, y que haga participar a todo el mundo en el poder público. Cuando ese poder público pertenece a una oligarquía, su actividad es de hecho, clandestina, puesto que las decisiones esenciales se toman siempre entre bastidores. ♦

C.C.

Utopía:

Palabra griega en sus orígenes (u, y topos) etimológicamente significa lugar que no existe, pero podemos dirigirnos a él.

Platón (427-347 ac)

La utopía de Platón se encuentra en su obra más conocida: La República. El ser humano necesita convivir con los demás en la ciudad, la polis, para la que Platón pretende definir un modelo de organización capaz de establecer su ideal de justicia. Señala también que para que la ciudad sea justa el Estado debe procurar felicidad a todos los ciudadanos, y no sólo a una clase determinada.



Tomás Moro (1478-1535)

La utopía se entiende como un mundo ideal. que se presenta como alternativo al mundo realmente existente, ejerciendo así una crítica sobre éste. Tomás Moro, en su obra Utopía describe una isla donde vive una comunidad pacífica, que establece la propiedad común de los bienes, en contraste con el sistema de propiedad privada.



Francis Bacon (1561-1626)

En su “Nueva Atlántida (1617), presenta una sociedad ideal, dirigida por la ciencia y la técnica.



Libros publicados por la Editorial Aún Creemos en los Sueños

CUBA. ¿Hacia dónde va la transición?
 Le Monde Diplomatique. Más que un periódico
 Política y dinero. En Chile y el mundo
 ¿Qué Bicentenario?
 Piñera. Ciudadanía versus gerentes
 Democracia electrónica. ¿Qué desafíos para A. Latina?
 Ciudades. Urbanismo y desastre en Chile
 África, el continente olvidado
 Los desafíos de Obama
 Luis Sepúlveda. Asalto a mano santa
 Epidemias y Pandemias
 Extraterrestres
 El Decrecimiento
 Narcotráfico
 El aborto
 Genética ADN
 Anarquismo
 Las nuevas potencias
 Palestina-Israel
 La Crisis del Siglo
 Historia y luchas del pueblo Mapuche
 Discursos de Salvador Allende
 Alimentos
 Pensamiento crítico latinoamericano - Cuadernos CLACSO
 El Blog de Luis Sepúlveda
 Medicamentos: ¿Derecho o mercancía?
 Los calzoncillos de Carolina Huechuraba por Luis Sepúlveda
 La condición animal
 ¿Un mundo sin petróleo?
 El Vaticano
 El poder de los sueños por Luis Sepúlveda
 Foros Sociales altermundialistas
 EL mundo en la Nueva era imperial por Ignacio Ramonet
 Los dueños del mundo
 A treinta años... Aún Creemos en los Sueños
 Salvar el Planeta
 ATTAC: el Movimiento de la Esperanza.
 Porto Alegre: la ciudadanía en marcha
 La Locura de Pinochet por Luis Sepúlveda



**Este libro se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2010
en LOM Ediciones
Concha y Toro 23 - Santiago centro - Chile**